

El continente de lo posible

Política y cultura en Cuba 1959-1968

por Julio César Guanche

Índice

1.1 Las raíces del consenso.....	3
1.2 Radicalización y rupturas.....	6
1.3 El derecho y el poder de definir lo revolucionario.....	12
1.4 La libertad de opinar sobre (y juzgar a) la Revolución.....	20
2. La batalla por el rumbo de la Revolución.....	23
2.1 Polémica Ernesto Guevara-Carlos Rafael Rodríguez: razones de la economía	24
2.2 Polémica Alfredo Guevara-Blas Roca: caminos de la cultura.....	40
Sobre esto volveremos en el epígrafe subsiguiente: “Polémica sobre los manuales de Filosofía: trayecto de la ideología.”	50
2.3 Polémica sobre los manuales de Filosofía: trayecto de la ideología.....	54

1. Los intelectuales y la cultura en la Revolución

1.1 Las raíces del consenso

El ocho de enero de 1959, al tiempo que Fidel Castro y su ejército desarraigado entraban en La Habana, salía de la ciudad, por la puerta de servicio, la idea de la “alta cultura”, que si había gozado de tradición letrada en la República burguesa ahora se veía obligada a tomar el camino hacia Varennes. Aunque casi ninguno recorrió la Isla en la Caravana de la Libertad, los intelectuales cubanos festejaron mayoritariamente el triunfo revolucionario, como no podría ser de otro modo, y, ante sus ojos atónitos, verían cambiar el contenido de lo que habría de entenderse por “cultura” en Cuba.

Con la Revolución, el sistema democrático burgués, la idea misma de la democracia, el papel del intelectual como élite letrada y la propia idea de la cultura fueron echados al destierro por los nuevos habitantes de la ciudad política. Desde el inicio de la Revolución de 1959, y en su proceso, la creación de la nueva sociabilidad pasó en la práctica por la refutación del pasado, hecho que devino una categoría central de la nueva cultura política. La pérdida del respeto hacia el pasado propició, sobre todo, la rebelión cultural contra la propiedad privada y la caída de toda la fuerza simbólica que podía denotar aún la democracia representativa. La ruptura de las jerarquías sociales, el igualitarismo —que ya existía en parte de la cultura política cubana y vino a realizarse con la Revolución—, la concesión de la propiedad sobre la tierra y la vivienda a grandes segmentos poblacionales, la apropiación de la ciudad como espacio público real, la salida de los y las adolescentes del claustro familiar y su entrada masiva al ruedo de lo social, la universalización de la enseñanza, la relativa paridad de los ingresos, la socialización de la economía, la abolición (más tardía) de la propiedad privada y su conversión en propiedad personal, el involucramiento activo en la política, la fuente popular del poder, la nueva escala de

ascenso social que se instauraba, junto a la bancarrota de las clases políticas y económicas hasta ese momento dominantes, irían creando una nueva cultura en Cuba.

La Revolución heredó una escisión entre política y cultura, o más bien entre los intelectuales y la política oficial, que le garantizaba la in-contaminación de la mayoría de los intelectuales con el régimen anterior. Si la política había trocado “la fede por la sede”, y lo ungido por ella era convertido al barro de la corrupción, era preciso buscar en la cultura los “cotos de mayor realeza”. El repliegue de muchos intelectuales hacia el territorio exclusivo de la cultura constituyó en esa hora una definición: un nihilismo hacia la política que hacía las veces de resistencia cultural.

Antes, la década de 1920 había conseguido la reunión de la política y la cultura, al punto en que una no hubiese podido avanzar sin la otra. De no existir un cambio político esencial — del cual son epítomes la creación de los movimientos estudiantil, obrero, femenino, entre otros— la cultura no se hubiera encontrado con la vanguardia y hubiera seguido en los predios estéticos del siglo XIX. De hecho, en Cuba, a diferencia de otros movimientos culturales de la primera mitad del novecientos, la renovación de los años veinte no fue anunciada por un Manifiesto, sino por una protesta cívica. El movimiento intelectual cubano moderno nació así “in medias res publicas”. La fractura entre cultura y política, entre el intelectual y el poder, sobrevendría después de los años cuarenta con la caída de una tesis de Revolución Cubana: la Revolución “Auténtica”.

La Revolución de 1930 había fundado una nueva esperanza en Cuba: se constituyó en el capital simbólico de los cubanos, el evento al que se referiría la mayor parte de los programas partidistas, la instancia del prestigio histórico de los políticos y la herencia de donde provino al fin el mayor mito político de Cuba republicana: la Constitución de 1940.¹

¹ Esta Revolución destruyó varios relatos centrales en la cultura política cubana. Dentro del repertorio de las opciones políticas desaparecieron, o se atenuaron, entre otros tópicos, el carácter primitivo de la dependencia

El “Autenticismo” fue la corriente política que se identificó como legataria de los postulados del treinta: prometió justicia social y prosperidad económica, no obstante lo cual debió esperar pacientemente hasta 1944 para triunfar en elecciones. Después de conseguirlo, se fue al despeñadero de la corrupción y su hija bastarda, la “Ortodoxia”, intentó capitalizar la frustración alimentada en el “relajo en el que se ha convertido la vida nacional”.

El cisma entre los intelectuales y el poder avanzaría en los años cincuenta con la política cultural formulada por Fulgencio Batista, a través del Instituto Nacional de Cultura, que no pudo, por más que lo intentó, contar con lo más valioso de la creación cubana, desde Alicia Alonso y Wifredo Lam, hasta José Lezama Lima y Alejo Carpentier, unos en Cuba y otros en el extranjero, distantes siempre del Palacio Presidencial. El espectáculo mostrado por la política oficial en el lapso no podía ofrecer a un espíritu elevado otra conmiseración que el consuelo de las almas tristes, que encontraron su ruta hacia Damasco, su mejor definición, en la oposición más o menos indirecta a Batista, o en la clásica torre de marfil.

En Cuba, aunque la hegemonía burguesa se complejizó en gran medida después de 1930, no llegó a estructurarse un bloque histórico con suficiente consenso como para que su clase política dispusiera de estabilidad. “La historia social enseña que no hay política social sin un movimiento social capaz de imponerlo”, la idea de Bourdieu, se verificó en la isla *ad pidem litterae* y puede extenderse al campo de la cultura. Si la acción de masas obligó a la política a que las tuviera en cuenta, la actividad de los intelectuales formuló distintas refutaciones de la política y la cultura oficiales de la República burguesa, y sostuvo espacios de apertura en medio de grandes dificultades. Las posiciones en Historia de Raúl

hacia los Estados Unidos, la estructura oligárquica del Estado, el liberalismo económico, la tradición anarquista del movimiento obrero, la lucha armada como camino para la toma del poder y la hegemonía de la generación del mambisado y de la vieja clase política.

Cepero Bonilla, Carlos Rafael Rodríguez o Rafael Soto Paz; ciudades letradas como Nuestro Tiempo, Orígenes y Ciclón, y la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación bajo el mandato de Raúl Roa, son ejemplos de ello.

Con todo, el discurso intelectual sobre la frustración nacional, localizable desde la segunda década del siglo XX en buena parte de la producción cultural cubana, aunque había adelantado mucho en la denuncia de los males de la República burguesa, no pudo avizorar en los años cincuenta la crisis mayor de la hegemonía republicana. Sin embargo, la implicación de los intelectuales en el entramado institucional de la cultura, fuera en las cátedras universitarias, la Universidad del Aire o la Sociedad Nuestro Tiempo, expresó un estado de descontento y frustración que a la larga condujo a la mayoría de los intelectuales cubanos, de Jorge Mañach a Virgilio Piñera, a adscribirse al triunfo del primero de enero de 1959 —aunque la creación del campo cultural que haría confluir a la izquierda con el marxismo después de 1959 fuese al fin un asunto mucho más complejo.

1.2 Radicalización y rupturas

Los intelectuales cubanos no se hallaron en 1959 ante una Revolución triunfante que les impusiera tomas de posición ideológica. En la fecha, no existían tradiciones ideológicas reconocibles en el campo político cubano, sino más bien afinidades político-electorales desde el punto de vista partidario. La ideología que ostentaba el mayor peso simbólico en Cuba era el nacionalismo, específicamente en su variante reformista. Una revolución nacionalista como la de 1959 no podía hacer otra cosa que concitar el apoyo de la mayor parte del arco ideológico nacional y arrastrar consigo al pleno de los intelectuales que llevaban buena parte de sus vidas denunciando la existencia de una patria sin nación.

La polémica de la hora sobre el carácter de la ideología revolucionaria no era exclusivamente una cuestión teórica: buscaba interpretar el margen de lo aceptable ideológicamente dentro de esa Revolución. Lo que para Che Guevara era “un nacionalismo de izquierda”, para Jean Paul Sartre “una Revolución sin ideología” y para Fidel Castro “una Revolución verde como las palmas”, dejaba abiertas las posibilidades para que en el año 1959 la mayor parte de los sectores del país se sintieran incluidos en el hecho revolucionario. Los intelectuales cubanos, los cubanos mismos, tenían ante sí un Nuevo Mundo que debían, al unísono, imaginar y construir. La Fundación de la Imprenta Nacional, la creación del ICAIC y de la Casa de las Américas, la campaña de alfabetización, el plan de becas del Gobierno Revolucionario, la nacionalización de los medios masivos de comunicación, el apoyo otorgado por el Gobierno Revolucionario al Ballet de Cuba, al Conjunto de Danza Moderna, a la Orquesta Sinfónica y a la Biblioteca Nacional, la proyección de construir la Academia de Artes, entre otros muchos eventos, hacía suponer que todo era posible en Cuba menos la oposición de los intelectuales a la Revolución.

Pero la historia, como le había dicho Alexander Blok a los intelectuales rusos a propósito de la Revolución, había puesto una auténtica bomba sobre la mesa. Los que habían tomado el poder en Cuba no constituían una familia ideológica: ni provenían de un partido organizado para la revolución, ni habían transitado el camino de la subversión con óptimas relaciones entre sí, ni los manifiestos que habían rubricado de conjunto eran tan precisos como para comprometerlos en algo tan esencial como las formas, las vías, de construir una Revolución en Cuba.

El triunfo cubano no fue la excepción a la regla de que la victoria no tiene jamás un rostro hermoso. La obertura al combate entre la Montaña y la Gironda cubanas se produjo con las

escisiones del Movimiento 26 de Julio, el proceso a Huber Matos, la traición de Pedro Díaz Lanz y la sustitución de varios ministros del Gobierno Revolucionario, pertenecientes al ala derecha de la militancia veintiseísta, pero quizás el combate final comenzó a librarse en la Biblioteca Nacional, en reuniones celebradas los días 16, 23 y 30 de junio de 1961, devenidas teatro de operaciones de la batalla por el control de la cultura, pero también, y sobre todo, por el control del rumbo revolucionario.

El año 1961 es a la Revolución Cubana lo que 1793 a la francesa. Si en este año La Montaña se salió de la moderación impuesta por el equilibrio de poderes y el vacío ideológico y se radicalizó a un ritmo violento de cambios, acabó con la estructura económica del *ancien regime*, suprimió sin indemnización los restos de derechos feudales, confiscó las posesiones de los emigrados, ejecutó a María Antonieta y a los girondinos, triunfó sobre los insurrectos de la Véndee, y llevó adelante el movimiento de descristianización,² en 1961, por su parte, se estrelló la “indefinición ideológica” de la Revolución Cubana: los Estados Unidos rompieron relaciones diplomáticas con Cuba, se promulgó la ley de nacionalización de la enseñanza, se expulsó al clero falangista, se desarrolló la campaña nacional de alfabetización, se venció en las arenas de Playa Girón a un ejército organizado y financiado por los Estados Unidos, se proclamó el carácter socialista de la Revolución y comenzó en escala el intercambio comercial y económico con la Unión Soviética imprescindible para la sobrevivencia de la Revolución.

La dirigencia revolucionaria cubana no estaba dispuesta a reeditar el error común a los jacobinos, a los decembristas rusos, a los Levellers ingleses, e incluso a los bolcheviques de la primera hora: pretender hacer una revolución social desde una vanguardia revolucionaria,

² Ver *La Revolución francesa en sus textos*, estudio preliminar, traducción y notas de Ana Martínez Arancón, Tecnos, Madrid, 1989, pp. XXIV y P. XXVI

sin una clase revolucionaria que la apoyase. A tal fin, había ya nacionalizado, antes de abril de 1961, los grandes sectores de la economía: la tierra, la refinación de petróleo, el azúcar, la electricidad, los teléfonos, la vivienda, el cemento, la banca, el comercio exterior, y si ello se había producido antes de proclamarse socialista la Revolución, las aprehensiones hacia la revolución encontraban la misma justificación con la que se criticaba desde el inicio el talante socialista de la Revolución de Octubre.

Con todo, el socialismo no era una doctrina desconocida en Cuba. La Revolución de 1930 había provocado que se abrieran paso diversas ideas del socialismo, pues “lo social” pasó a formar parte desde entonces de casi todos los programas partidistas. De la especie de socialdemocracia del Partido Revolucionario Cubano Auténtico —cuyo lema era “nacionalismo, democracia y socialismo”— al socialismo marxista-leninista del Partido Comunista/Partido Socialista Popular, pasando por las formulaciones socialistas de Joven Cuba y del Directorio Revolucionario en 1956, la diversidad de modos de entender el socialismo poseía en la Isla un vasto territorio. Pero, al mismo tiempo, el anticomunismo también jugaba con eficacia el rol a él asignado durante la Guerra Fría, de modo que la variante socialista-comunista era rechazada en la construcción de las preferencias ciudadanas. El temor a que los ideales democráticos y humanistas de la Revolución fuesen “traicionados” y la Revolución fuese arrojada al regazo del comunismo internacional —otra vez las imágenes del Gran Miedo y el Terror blandidos ahora por los jacobinos del trópico— comprendía tanto a socialistas antiestalinistas como a revolucionarios antisocialistas, como también era utilizado por los formuladores norteamericanos de política exterior.

Las reuniones en la Biblioteca Nacional expresarían estas tensiones de modo ejemplar. Convocadas en principio por la negativa del ICAIC a distribuir la película *PM*, de los realizadores Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez, después de ser exhibida en el espacio

Lunes en Televisión, y discutida en una reunión en Casa de las Américas convocada por el Consejo Nacional de Cultura, la modesta obra sobre los bajos fondos habaneros se constituyó en piedra de escándalo, pero de ningún modo en la causa más profunda del evento. En la superficie, ese móvil parecía ser el fantasma del estalinismo, que recorría Europa como lo hacía cien años atrás el Comunismo. Para algunos, la censura a una obra de arte marcaba el inicio de la conquista del espacio político cubano por la ideología y la práctica del estalinismo, preocupación expresada en una pregunta crucial —representada gráficamente, *a posteriori*, en el miedo que manifestó sentir Virgilio Piñera en su intervención—: ¿cuáles serían los límites de la creación intelectual en la Revolución?

Sin embargo, la causa esencial de las discusiones ventiladas durante el Yenán Cubano deben buscarse en otro plano: en la relación entre: a) la necesidad de la Revolución de sobrevivir; b) el derecho a (y el poder de) definir qué significaba la Revolución y c) a quién correspondería la libertad de opinar sobre (y juzgar a) la Revolución.

La dilucidación de estas cuestiones no puede dejar de tomar en cuenta el marco de la Revolución, de las circunstancias que encaraba su continuidad y fortalecimiento, para poder entender el contenido práctico de esas cuestiones en las condiciones específicas de un país en revolución.

Fidel Castro, al decir en el discurso de clausura de aquellas reuniones —archiconocido como *Palabras a los intelectuales*— que “nuestra preocupación fundamental ha de ser la Revolución”, no establecía una jerarquía, una prioridad en la atención a los problemas planteados por la Revolución, sino que consideraba en peligro la Revolución misma, y convocaba a defenderla desde ese presupuesto: “Cuál debe ser hoy la primera preocupación de todo ciudadano? ¿La preocupación de que la Revolución vaya a desbordar sus medidas, de que la revolución vaya a asfixiar el arte, de que la Revolución vaya a asfixiar el genio

creador de nuestros ciudadanos, o la preocupación de todos no ha de ser la Revolución misma?”³

En general, el entramado geopolítico que contextualizaba la Revolución Cubana abría escasas alternativas para un régimen político de vocación independiente. Sobre Cuba presionaban factores estratégicos de importancia trascendental: por una parte, la política de coexistencia pacífica de la URSS, reformulación de la doctrina del “socialismo en un solo país” —que en los hechos implicaba no atacar para no ser atacado, y conllevaba la renuncia a la condición internacional, y por ende internacionalista, del socialismo—, hecho que llevó a la URSS a no reconocer que una Revolución socialista se verificaba en Cuba hasta 1962 —; y, por otra parte, las crisis de Laos y el Congo que ocupaban, junto con Cuba, el centro de atención de la administración norteamericana hacia el Tercer Mundo, y significaban, en el caso de triunfar el Pathet Lao, la pérdida de todo el sureste asiático para el “Mundo Libre”, según la expresión de Eisenhower, y en el caso de una victoria para la causa del Congo belga el triunfo de una posibilidad revolucionaria “en el eslabón más débil de la cadena imperialista”, según expresión del Che Guevara, posibilidad que él personalmente intentó adelantar con la experiencia guerrillera que organizó en ese país. Las reacciones a estos escenarios fijaban un marco en extremo peligroso para la revolución triunfante en la mayor de las Antillas, como se verificaría en su más alto grado con la Crisis de Octubre de 1962.

Las agresiones armadas a Cuba, la puesta en marcha del bloqueo económico, financiero, diplomático, comercial; los atentados y sabotajes contra la economía y la población civil, la organización de guerrillas paramilitares, hechos que generaron con toda razón una conciencia de plaza sitiada entre los cubanos, e hicieron de la defensa de la Revolución una

³ Fidel Castro. “Palabras a los intelectuales”, en *Revolución, Letras, Arte*, Letras Cubanas, La Habana, 1980, p. 10

obligación de todos los revolucionarios, están harto documentados como para ensayar aquí un inventario.⁴ Después del triunfo inicial de 1959, pero sobre todo después de la crisis de los misiles y de los lemas coreados de “Nikita, mariquita, lo que se da no se quita”, la soledad de Cuba alcanzaba su tragicidad mayor.

1.3 *El derecho y el poder de definir lo revolucionario*

La definición de qué iría entendiéndose por *lo revolucionario* marchó a la par de la nueva socialización revolucionaria y del acomodo político de las diversas organizaciones que llevaron — con su aporte desigual a la victoria— al triunfo de enero. Con excepción de Manuel Urrutia Lleó, el único funcionario nombrado con anterioridad a 1959 en un cargo de la Revolución, al ser anunciado desde la Sierra Maestra como presidente del futuro Gobierno Provisional, nadie sabía qué le depararía el destino de la subversión. Todos tenían, o creían tener, el mismo derecho a participar del poder que la Revolución había conquistado con el apoyo de todos. Las relaciones de fuerza dentro de la Revolución se establecerían a partir de las nuevas circunstancias creadas, y el poder de las organizaciones se amplió, redujo o quedó destruido en un proceso en el cual el expediente de la lucha insurreccional no fue tomado en cuenta con exclusividad al ocupar los nuevos espacios.

El Movimiento 26 de Julio, que llevó el peso fundamental de la lucha y aportó la estrategia de la victoria, constituía una masa irregular desde el punto de vista ideológico, capaz de contener el anticomunismo de Huber Matos y el procomunismo de Ernesto Che Guevara, pasando por el nacionalismo revolucionario de Faustino Pérez o Armando Hart y las ideologías del Movimiento de Resistencia Cívica, el Frente Obrero Nacional, Mujeres

⁴ Por esta razón, de los tres corolarios que señalo como resultantes de la discusión que produce *Palabras a los intelectuales*, solo desarrollo en epígrafes independientes los dos últimos señalados: lo que llamo “el derecho y el poder de definir *lo revolucionario*” y “la libertad de opinar sobre (y juzgar a) la Revolución”.

Oposicionistas Unidas, entre otras organizaciones que guardaban relación con el M-26-7. El Directorio Revolucionario, representante de la herencia de los estudiantes cubanos y que contaba con sus acciones en la clandestinidad, el asalto a Palacio Presidencial en 1957 y la lucha guerrillera en el Escambray en 1958, viviría su ocaso progresivo a partir del 8 de enero de 1959 hasta su disolución íntegra en las ORI, una vez creadas en 1962.⁵ El Partido Socialista Popular, de filiación stalinista como la mayoría de los partidos comunistas de entonces, había desarrollado una intensa labor entre las masas trabajadoras del país, y con ello había contribuido a crear la tradición revolucionaria sin la cual una insurgencia armada no hubiese podido triunfar en Cuba en solo dos años, tradición que contaba con la historia de los soviets creados en los centrales azucareros en los años treinta y con las figuras cimeras de Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Jesús Menéndez.⁶ La idea de que un “grupo de revolucionarios pequeñoburgueses fuera lo suficiente firme para mantener una revolución antimperialista y transformarla después en la Revolución socialista”⁷ les pareció a los comunistas cubanos tan inviable y errado como les pareció a Lenin, a Pléjanov y a Mártoov la experiencia de los terroristas revolucionarios rusos, solo que a diferencia de los líderes bolcheviques, los comunistas cubanos no se embarcaron en una lucha que pasara por el terreno de las armas, hasta bien tarde, entrada ya la segunda mitad del año 1958. Al modo de los socialdemócratas rusos, los comunistas cubanos denunciaron el terrorismo, por obstaculizar la ampliación del movimiento de masas, y

⁵ Como el Ejército inglés de 1647 que juró mediante el llamado “Compromiso” no dividirse hasta tener aseguradas las libertades de Inglaterra, los miembros del DR acordaron pasar a las filas del Ejército Rebelde, en su mayoría no ocuparon cargos de importancia en el Gobierno y se mantuvieron leales a la Revolución desde posiciones secundarias.

⁶ Ver Saverio Tuttino, *Breve historia de la revolución cubana*, traducción de Ana María Palos, Editori Riuniti, Roma, 1966, pp. 150 y 151

⁷ Carlos Rafael Rodríguez, “Sobre el nuevo Comité Central y el ‘fraccionalismo’ de los ‘viejos comunistas’”, en *Letra con filo*, Ciencias Sociales, La Habana, 1983, t.2, p. 441

condenaron como *putshistas* acciones tanto del M-26-7 como del Directorio Revolucionario.⁸

Destruídas las organizaciones antibatistianas que se opusieron rápidamente a la Revolución, con el Directorio Revolucionario sin mayor peso político, con el PSP sin base social más allá del apoyo con que contaba en sectores obreros, el M-26-7 era el llamado a representar y definir la Revolución. Ahora, si bien en su respuesta a la Junta de Miami, Fidel Castro había establecido que su Movimiento ostentaba legítimamente la representación de la Revolución, también había afirmado que este no participaría en el Gobierno Revolucionario.⁹ En cumplimiento de ese enunciado, con el triunfo revolucionario no se confirió el poder ni al M-26-7 ni a organización política alguna, como vía para mantener el consenso y evitar los conflictos que sin duda se generarían, o en su caso agravarían, entre las distintas organizaciones y se conservaron las garantías de poder necesarias a través del Ejército Rebelde. Asimismo, después del triunfo revolucionario, la propia heterogeneidad del M-26-7 se ajustaría progresivamente al pensamiento político re-creado en la Sierra Maestra, que heredaría en lo adelante todas las tradiciones revolucionarias, nacionalistas y populistas cubanas: heredaría a Chibás, al Movimiento Nacionalista Revolucionario, al DR y a los comunistas.

⁸ El PSP se sumó a la lucha insurreccional después de junio de 1958, tras enviar como emisario a Carlos Rafael Rodríguez a la Sierra Maestra, amén de otros esfuerzos aislados como el del frente de Félix Torres en las Villas, momento en que ya habían modificado su política hacia la insurrección.

⁹ “Porque en definitiva: ha sido sólo el movimiento 26 de Julio quien ha estado y está realizando acciones en todo el país; han sido sólo los militantes del 26 de Julio quienes trasladaron la rebeldía de las agrestes montañas de Oriente a las provincias occidentales del país; son únicamente los militantes del 26 de Julio quienes llevan a cabo el sabotaje, ajusticiamiento de esbirros, quemas de caña y demás acciones revolucionarias (...).

“Decir todo esto, habrá quien lo entienda una arrogancia; pero es que además ha sido sólo el movimiento 26 de Julio quien ha declarado que no quiere participación en el Gobierno Provisional y que pone toda su fuerza moral y material a disposición del ciudadano idóneo para presidir la provisionalidad necesaria.” Fidel Castro, “Carta de 14 de diciembre de 1957”, en *Selección de lecturas de Historia del Pensamiento Político cubano*, Universidad de La Habana, Facultad de Filosofía e Historia, La Habana, 1989, pp. 210 y 211

De este modo, el énfasis puesto en el contenido “humanista” de la revolución triunfante en 1959, constituía una declaración de contenido abierto, que buscaba una base de apoyo y no exigía tomas de posición que alienasen del triunfo a fuerzas significativas.

Sin embargo, la escalada de radicalizaciones de la Revolución y el contexto político internacional, habían puesto a Cuba, sin desearlo de inicio ninguna de las dos naciones, en el camino de la Unión Soviética. Esta sola circunstancia otorgó *motu proprio* un nuevo rol al PSP. La representación de la Revolución, ejercida a nombre del Gobierno Revolucionario, contó cada vez más con los comunistas, que supieron cómo fortalecer su posición al interior del país haciendo uso de toda su experiencia política y de sus relaciones para cimentar el camino hacia la URSS, como garantía de la sobrevivencia de la Revolución.

Esta cuestión estaba en el fondo de las discusiones sostenidas en la Biblioteca Nacional en junio de 1961. El Consejo Nacional de Cultura, brazo de la Comisión Cultural del PSP, era la encarnación en tierra cubana del espíritu del socialismo eslavo. Por su parte, el M-26-7 no podía ocultar la presencia entre su membresía de una ideología anticomunista, renuente a cada nuevo avance de las figuras del PSP hacia la toma de decisiones. El Gobierno Revolucionario encontraría de este modo su Rubicón en la Biblioteca Nacional: a quiénes dejaba en el camino y con quiénes continuaba adelante.

La discusión suscitada alrededor de *PM* en la Biblioteca Nacional concluyó con el cuestionamiento íntegro a la constelación ideológica del filme, la misma del semanario *Lunes de Revolución*, del periódico *Revolución*, y, en su conjunto, de toda un ala del M-26-7. Como parte de ese proceso, esa zona, liderada por Carlos Franqui, protagonizaba a su vez una batalla por el control de la cultura, de la cual eran *PM* y *Lunes* instrumentos

indirectos en la vía de ganar el poder político que contribuyera a ganar el rumbo de la Revolución.

La respuesta a la existencia de esa conflagración la dio Fidel Castro en el discurso de clausura de esas reuniones en un doble plano: político e ideológico. Desde el punto de vista político proclamó que no se podía “armar a unos contra otros”, refiriéndose a los ataques de *Lunes de Revolución* contra miembros del grupo Orígenes, Alicia Alonso o Alejo Carpentier, pero en los hechos debió desarmar precisamente a unos contra otros: esto es, privar de sus medios de expresión a esa ala que decía presentar batalla “a los comunistas” y traía la “desunión” en el medio intelectual. En el plano ideológico, pudo afirmar el carácter abierto de la Revolución y presentar esa exclusión como una necesidad de la Revolución en beneficio de todos.

La polémica con *Lunes* expresó a su vez también un doble plano: estético y político. Desde el punto de vista estético *Lunes* simbolizó la lucha entre tradiciones culturales diversas: los seguidores de la cultura de la vanguardia norteamericana en su reacción contra la caducidad del espíritu burgués, influenciados por la vertiente *beatnik*, del “contra todo y contra todos”, o por la de los *young angry men* ingleses, según les imputara José Antonio Portuondo; y, por otra parte, los seguidores de la cultura europea o específicamente panhispana; o los críticos del barroco como suerte de Medioevo estético, impugnación que arrastraba con todo el pasado poético nacional para “poner en su lugar” la poesía, *versus* los que encontraban en esta posición no más que una nueva formulación de la antiquísima tradición del parricidio de las influencias y las herencias mayores, que buscaba ejecutar al padre, y de paso quizás al conjunto del pasado, al modo en que los románticos anunciaron su ruptura y el viejo abate Morellet, en plena Revolución francesa, quedó clausurado en el pasado y solo alcanzó a escribir sus memorias. Desde el punto de vista político, *Lunes* expresaba un grupo

de poder independiente. El reconocimiento de la legitimidad para operar desde esa independencia hubiera puesto en crisis el modelo de formación de opinión pública que se venía gestando en Cuba, basado en la centralización de las instancias discursivas. Uno de sus críticos, de antiguo militante del PSP, el crítico y ensayista José Antonio Portuondo, le criticaba a *Lunes* seguir “la onda de afuera”, en una especie de neocolonialismo cultural, pero lo cierto es que *Lunes* era el órgano oficial de la indefinición propia de la Revolución hasta 1961.

La reunión de la Biblioteca Nacional no haría las veces del Congreso de 1903 del que emergió la división entre bolcheviques y mencheviques. Como resultado de la operación ideológica realizada en la Biblioteca Nacional alrededor de *Lunes*, eran *todos* y no una *parte* quienes podrían definir el contenido de *lo revolucionario*. Esa connotación de *todos*, idea-fuerza de cualquier revolución pretendidamente social, que en Cuba tiene sus raíces en José Martí, traería diversas consecuencias. ¿Quiénes eran *todos*? ¿Los presentes en la reunión, los intelectuales en general, los intelectuales revolucionarios? La definición de Fidel no se dirigía solo al campo intelectual, sino al conjunto de la política: *todos* eran los *revolucionarios*. Quiere decir, la cuestión cubana no se dirimiría entre Diggers contra Levellers, o entre bolcheviques contra mencheviques, aunque tampoco entre Zinoviev contra Bujarin o entre Trotsky contra Stalin: se prohibía por los revolucionarios cualquier tipo de oposición a sí mismos. Como el *otro* del todo es la nada, pero también el propio todo, quienes se salieran del *todo* sin mayores desavenencias caerían en un no-lugar, quienes se apartaran más ruidosamente pasarían directamente al *otro* todo: el enemigo. Esa línea divisoria no mostró entonces todo el filo de su imperturbable determinación, gracias al consenso entre intelectuales y Revolución, pero traería consecuencias adversas en el futuro por el filo no menor de su *discrecionalidad*. El *todo* devenía un patrimonio político de los

revolucionarios: ofrecía la mayor libertad para actuar y también permitía legitimar la prohibición de las conductas impropias, colocaba en el plano del arbitrio político el ejercicio de ciertos derechos, y aseguraba algo fundamental: la Revolución era capaz de integrar a todos los que no renunciaran “incorregiblemente” a ella. La ideología de la Revolución aseguraba no estar reñida ni con el cristianismo, ni con el arte abstracto, ni con el cine polaco, ni con los recolectores de bayas en tiempos de revoluciones, solo con la contra-revolución.

“Dentro de la revolución todo, contra la Revolución nada”, la frase emblemática de Fidel que ha funcionado como resumen de la política cultural revolucionaria, no respondía tan solo a la pregunta que en tal sentido formulara durante la reunión el escritor Mario Parajón, sino una declaración de la *posibilidad* y de su *límite*: la *posibilidad* de entender la creación artística, y con ella la Revolución y el socialismo, desde posiciones diversas —con la afirmación consiguiente de un derecho al desacuerdo entre los revolucionarios—, y el *límite* de considerar el control político de qué era entendible por *lo revolucionario* como un elemento integrante de la *raison de état* cubana.

Con las reuniones de *Palabras a los intelectuales* la intelectualidad cubana ganó una definición democrática: no habría estéticas oficiales, ni corrientes teóricas podrían ser tomadas de modo excluyente respecto a otras visiones del mundo, salvo aquellas que atentaran contra las bases de la Revolución, lo que de hecho permitía una gran libertad creativa y la apertura del clima que pudiera garantizarla. Al mismo tiempo, el Gobierno Revolucionario ganó el derecho de controlar legítimamente el consumo de la producción cultural desde “el prisma revolucionario”. Ambas ganancias se complementaban pues entre la intelectualidad revolucionaria y el poder revolucionario había más que objetivos comunes: ambos no se veían como *distintos*.

Los intelectuales y el Gobierno firmaron a conciencia un pacto que podría tener a Gramsci y a Sartre como mentores intelectuales: la esfera de la cultura es también un asunto político y los intelectuales deben estar *comprometidos*. Si “el arte de la prosa es solidario con el único régimen donde la prosa tiene un sentido: la democracia”, como escribió Sartre en *¿Por qué se escribe?*,¹⁰ la labor del intelectual cubano encontraba su Hosanna en la Revolución —al modo en que bien lo argumenta Ambrosio Fornet en *El intelectual y la Revolución*.

Pero no fueron los intelectuales en general y el Gobierno revolucionario los únicos que obtuvieron réditos de esas reuniones, triunfó también la tradición cultural y organizativa del PSP. Como no era posible conceder “armas a unos contra otros” se hacía necesario dotar a la intelectualidad de una estructura representativa que los agrupase a todos, a través de la cual pudiesen reclamar derechos y obstaculizar amenazas.

El espaldarazo ofrecido al Consejo Nacional de Cultura en la Biblioteca Nacional hizo posible recurrir a la antigua experiencia del PSP en el campo cultural, que poseía como patrimonio los éxitos logrados en el trabajo que, desde 1938, venía desarrollando hacia los escritores y artistas, sobre todo a través de la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, una vez fundada en 1951. La creación de la base institucional de la cultura, reclamada por el discurso de Fidel, se fundamentó en la experiencia práctica y organizativa de esta Sociedad, así como la organización de escritores y artistas que se crearía — la UNEAC— estaba prefigurada ya desde 1938 en el intento de los comunistas de crear la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, que anunció la aparición de una revista llamada *Unión*, título que tomaría precisamente la nueva revista creada por las *Palabras a los intelectuales*, junto a *La Gaceta*

¹⁰ Jean Paul Sartre, “¿Por qué se escribe?” en *¿Qué es la Literatura?*, Editora del Consejo Nacional de Cultura/Editorial Nacional de Cuba, Colección Cocuyo, La Habana, 1966, p. 119

de Cuba, nombre que recibió esta en homenaje a la *Gaceta del Caribe*, revista también de inspiración comunista.

La colocación de esta tradición en planos centrales de la política cultural revolucionaria explicará algunos de los eventos ocurridos en el futuro inmediato a esas reuniones en los ámbitos de la política práctica y de la ideología profunda, como sería la reedición de la política soviética de colocar a las figuras controvertidas en embajadas en el extranjero, o en su caso en lugares bien distantes de la URSS, y mantenerlas alejadas de la política; y el entendimiento de la cultura y el arte como “armas en el combate revolucionario y en la educación de las jóvenes generaciones”. Para ese momento, había quedado definido otro orden temporal respecto a la jerarquía de las preocupaciones: “Vamos a suponer que nosotros tenemos el temor que ‘se nos marchite nuestro espíritu creador estrujado por las manos despóticas de la Revolución Staliniana...’ señores ¿no sería mejor pensar en el futuro?”, había dicho Fidel el 30 de junio en la Biblioteca Nacional.

1.4 La libertad de opinar sobre (y juzgar a) la Revolución

La Revolución necesitó construir el ciudadano que podía officiar en la nueva democracia que instauraba, de lo cual formaría parte la universalización de la educación superior, la naciente promoción social del campo hacia la ciudad, la campaña de alfabetización, entre otros muchos eventos. Pero la categoría de ciudadano, en un medio que ponía fin aceleradamente a todas las ideas de democracia hasta entonces conocidas en Cuba, no podía gozar de la abstracción jurídica que le caracteriza. La concesión de derechos políticos no se otorgaría entonces según la condición legal del ciudadano sino a través del estatus político del *revolucionario*.

En 1961 el derecho a opinar sobre —esto es, juzgar, criticar, enjuiciar a— la Revolución corresponde inequívocamente a los revolucionarios. Pero la Revolución recreaba constantemente la cantidad de sectores y de personas “revolucionarias”. Los “viejos” sujetos revolucionarios ya no estarían solos en la escena política, y pasaron a compartirla rápidamente con otros —no precisamente “revolucionarios del 2 de enero” como calificó el pueblo a los arribistas— y a participar de la complejidad de nuevos escenarios: órganos como *Revolución*, *Hoy* y *Combate* estarían junto a Casa de las Américas, el ICAIC, y una hornada de muy jóvenes intelectuales comenzaría a expresarse a través del propio *Lunes de Revolución*, Ediciones El Puente, Ediciones Revolucionarias, entre otras muchas instituciones y espacios que iría creando la Revolución, como lo serían en lo adelante *El Caimán Barbudo* y los premios UNEAC.

Estos jóvenes intelectuales no habían participado, como tampoco los antiguos, en la insurrección armada, lo que planteaba en los hechos el problema de si existía o no un derecho a opinar y juzgar la Revolución sin haber formado parte de esa épica. Al mismo tiempo, no existía ya el problema de si le correspondía o no el derecho de expresarse a la burguesía: había sido zanjado con la destrucción de la prensa burguesa, tanto la plegada a Batista como la que había prestado importantes servicios a la Revolución, y todavía más con la propia destrucción de la burguesía como clase social. De este modo, solo quedaba en pie el problema planteado por Jean Paul Sartre en su reunión con los intelectuales cubanos de 1960: la libertad de los revolucionarios para expresarse.

En el gran convite revolucionario cohabitaban aún con igual carta de ciudadanía Hébert y Cloutz, Robespierre, Danton y Mirabeau. Haría falta un evento límite para que se colocaran unos y otros a cada lado de la raya inevitable trazada por la turbulencia revolucionaria. Las

Palabras a los intelectuales se encargaron de sentar las reglas del juego al dar la razón al Consejo Nacional de Cultura, a Alfredo Guevara y quitársela a Carlos Franqui.

Después de 1961, aunque no hay referencia directa alguna al *socialismo* en el discurso de Fidel, comenzaría a operar una fusión semántica-ideológica entre *Revolución* y *Socialismo*, que iría haciendo posible que los antisocialistas ya no pudiesen proclamarse revolucionarios, y que la expresión *con* la Revolución en la práctica connotara *con* el Socialismo. Esta ecuación, que venía precedida a su vez por la fusión de *Patria* y *Revolución*, al agregársele el *Socialismo*, manifestaba a las claras su intención de monopolizar cuanto pudiera de la ideología revolucionaria, dejando fuera solo lo “incorregiblemente contrario”, y ganar así la confluencia del nacionalismo revolucionario con el socialismo marxista.

En el fondo de la batalla por *PM* y *Lunes* lo que está en cuestión es el rumbo de la Revolución y la calidad del socialismo que habría de construirse en la Isla. En lo sucesivo, dos líneas gruesas emergerían como hegemónicas, y devendrían los marcos legítimos de la discusión entre los revolucionarios: el socialismo “marxista-leninista” de inspiración soviética y el socialismo marxista de inspiración nacional y latinoamericana. La definición de que cualquier variante debía tener como presupuesto el marxismo para ser legítima ya excluía por sí misma un espectro no desdeñable de quienes hasta ese momento apoyaban la Revolución.

2. La batalla por el rumbo de la Revolución

Ya en posesión de la hegemonía de *lo revolucionario*, esas dos líneas gruesas protagonizarían en lo adelante el combate por definir el rumbo mismo de la Revolución según sus respectivas *imago mundi*. Las polémicas que sobre el arte, la estética, la filosofía, la política, las ideologías, la política cultural, la economía, entre otros temas, se ventilaron a lo largo de la década de los sesenta, se enmarcaron así en el arco definido por tales líneas: el camino de la Revolución, ¿estaba en Moscú y en la experiencia recorrida por el socialismo hasta entonces, o, por el contrario, estaba en la Habana, en la indagación de un camino propio hacia la liberación que no transitara por un Estado vertical ni una dominación burocrática? El análisis de esas discusiones da cuenta de la intensidad con que se desarrolló el proceso de búsquedas, de la heterodoxia que las prohió, de la naturaleza de los temas discutidos y sobre todo de qué estaba en juego tras esos debates,¹¹ pero también conduce a otro plano: la genealogía de *las revoluciones* habidas *dentro* de la Revolución Cubana. *Revoluciones* que podrían llamarse de cualquier modo, pues no son las denominaciones el asunto en discusión, como tampoco la evocación del antiguo debate sobre las “etapas” de la Revolución, sino la consideración de ellas como *resultados* de la lucha entre las posiciones internas y las condicionantes de la geopolítica, lo que haría entender a la Revolución Cubana como cohabitación y confrontación permanentes entre diversas tendencias en lucha por ganar la hegemonía. Examinar el itinerario de esas *revoluciones* permite reconstruir la complejidad, la diversidad, el mapa de las relaciones internas de poder, y la conexión con las circunstancias globales que han ido definiendo *el*

¹¹ Estas son algunas de esas polémicas: Alfredo Guevara—Blas Roca (1963); discusión alrededor de "Conclusiones de un debate entre cineastas" (1963); José A. Portuondo—Ambrosio Fonet (1964); Ernesto Guevara—Carlos Rafael Rodríguez *et al* (1963-1964); Jesús Díaz—Ana María Simo y Jesús Díaz—Jesús Orta Ruiz ("el Indio Naborí") (1966); Félix de la Uz y Humberto Pérez—Aurelio Alonso (1966-1967), y Aurelio Alonso-Lisandro Otero (1967).

ser de la Revolución Cubana, una y varias a la vez, y con ello el continente de sus posibilidades, esto es, de sus triunfos frente a lo posible y de sus derrotas ante la fatalidad.

De aquellas famosas polémicas de los sesenta, analizo en lo adelante tres de ellas por referirse a esferas distintas de importancia trascendental, por involucrar en dos casos a altos dirigentes de la Revolución y por mostrar con claridad las fuerzas en pugna, sus respectivas ideologías y consiguientes proyectos de futuro para la Cuba revolucionaria: la de Ernesto Che Guevara, Carlos Rafael Rodríguez, *et al*, en 1963 y 1964, la polémica de Alfredo Guevara y Blas Roca en 1963, y la conocida como “Polémica de los manuales”, desarrollada en 1966 y 1967 entre Félix de la Uz y Humberto Pérez de un lado, y Aurelio Alonso, del otro.

2.1 Polémica Ernesto Guevara-Carlos Rafael Rodríguez: razones de la economía

“Nos hacía falta un Rodó que supiera de economía”, había dicho Alejo Carpentier en el Primer Congreso de Escritores y Artistas de Cuba, celebrado en agosto de 1961, “para que Ariel, de Rodó, significara más que una grácil divagación en torno a la democracia y al utilitarismo”.¹²

El debate sobre la economía, que permitiera ir más allá de aquella divagación, se produjo en Cuba en los años sesenta, pero no serviría ya de fundamento a las doctrinas de la democracia y el utilitarismo sino al tipo de socialismo que debía construirse en la Isla. La polémica económica, que tuvo como exponentes más visibles a Ernesto Che Guevara y a Carlos Rafael Rodríguez, sería decisiva en varios ámbitos: la economía política del socialismo, la propia teoría marxista, el espacio para el debate de las opciones

¹² Alejo Carpentier, “Literatura y conciencia política en América Latina”, en *Tientos y diferencias*, Letras Cubanas, La Habana, p.

revolucionarias, y el modelo político sobre el que debía asentarse la construcción de una economía socialista.¹³

Surgida de un problema puntual de la economía práctica, el análisis de los costos de producción, la polémica fue extendiéndose hacia el campo general de la economía política y pronto marcó el deslinde entre dos posiciones: los seguidores de la llamada autogestión o cálculo económico, y los valedores del denominado Sistema Presupuestario de Financiamiento (SPF).

La posición de los defensores del sistema del cálculo económico tenía su fundamento teórico más reciente en la discusión suscitada en parte del campo socialista por el economista soviético E. Liberman con su artículo “Plan, beneficio, primas”, sobre el concepto de rentabilidad, el alcance del plan central y la estimulación a las empresas a buscar más eficiencia mediante más autonomía, interés material y una política de incentivos a los trabajadores,¹⁴ y estaba acompañada por el valor fundamental que esa práctica económica alcanzaba en las reformas de Yugoslavia, Polonia y la URSS.

Los seguidores del SPF, por su parte, propugnaban un sistema de organización empresarial que, basado en la hipótesis de una planificación altamente tecnificada, tomaba como punto de partida el desarrollo alcanzado por los monopolios norteamericanos radicados en Cuba para la coordinación de su actividad económica, renunciaba a la autonomía de las empresas estatales, concedía un valor principal al plan y al presupuesto, a la participación de los obreros en la gestión económica, a la dinámica combinatoria de estímulos morales y

¹³ Aquí no interesa un análisis específicamente económico de la polémica, ni su descripción (hecha en los libros de Fernando Martínez Heredia, *Che: el socialismo y el comunismo*, Casa de las Américas, La Habana, 1989; Carlos Tablada, *El pensamiento económico del Che*, Casa de las Américas, La Habana, 1987; Néstor Kohan, *Otro mundo es posible*, Editorial Nuestra América, Buenos Aires, 2003; y en trabajos de otros autores como Ernest Mandel, amén de haber sido publicada la polémica íntegra con el título *El gran Debate sobre la economía en Cuba 1963-1964*, por Ocean Press y el Centro Che Guevara, 2003), sino inferir sus causas y de algún modo sus consecuencias.

¹⁴ Fernando Martínez Heredia. *Che, el socialismo y el comunismo*, *Ob. cit.*, p. 150

materiales como resortes de la productividad, y al ahorro y el análisis continuo de los costos de producción. A su vez, este análisis económico estaba contenido en una doctrina más general sobre el hombre y el ciudadano que debían construir el socialismo.

Con todo, los orígenes de esta discusión no se encontraban en la Cuba de 1963 sino en la Rusia posterior al X Congreso del partido de los bolcheviques: en las necesidades que llevaron, tras el fracaso del llamado “Comunismo de Guerra”, a la implantación en marzo de 1921 del conjunto de medidas conocidas como Nueva Política Económica (NEP) y a las posiciones ideológicas suscitadas en torno a esta. A Guevara y Rodríguez les precedía, con escasas diferencias en su interpretación del papel del mercado en el socialismo, Preobrashenski y Bujarin.

La ausencia de la revolución mundial y la falta de la base económica del socialismo sentaron las premisas de la NEP. Mientras que para Preobrashenski la ausencia de tal revolución fue determinante en la catástrofe del Comunismo de Guerra, para Bujarin la política económica de este período no podía tender al desarrollo de las fuerzas productivas, pues su preocupación no era *producir* sino *requisitar*.¹⁵ Por ese camino, ambos llegaron a destinos teóricos diferentes en torno a la NEP: la teoría de la inevitabilidad de la agudización de la lucha de clases por la NEP, de Preobrashenski, en que los procesos de desarrollo capitalista y socialista podrían cohabitar pacíficamente durante un lapso, hasta que el desarrollo de las contradicciones generadas por la lógica mercantil produjera la derrota de uno de los dos —pugna que se decidiría, entre otros factores, por “la correlación internacional de fuerzas”—; y la idea de Bujarin de un socialismo pleno desarrollado a partir de la NEP, de sus propias leyes económicas, aparejada a la noción de que la gran industria estatal se iría convirtiendo en el factor dominante.¹⁶

¹⁵ A. G. Lowy. *El comunismo de Bujarin*, Grijalbo, Barcelona-México, 1973, p. 179

¹⁶ *Ibid*, p.180

En la polémica económica cubana se aludía a similar necesidad: la transición al socialismo requería de la ley del valor como eje de los intercambios económicos, y la lógica mercantil era la única que podía garantizar los mayores niveles de eficiencia. La necesidad del uso de la ley del valor en esta “etapa”, fue defendida por Carlos Rafael Rodríguez, presidente del Instituto Nacional de Reforma Agraria, y Charles **Bettelheim**, ideólogo del Partido Comunista francés, pero también por Alberto Mora, ministro de Comercio Exterior, y Marcelo Fernández Font, Presidente del Banco Nacional, hijo el primero de Menelao Mora, organizador y mártir del ataque al Palacio Presidencial en 1957 y proveniente de las filas del Directorio Revolucionario 13 de Marzo, y el segundo, Fernández Font, dirigente primero de la FEU y luego del M-26-7, y coordinador nacional de este último durante un lapso en 1958. Ambos, hasta ese momento, eran conocidos como de ideología no comunista. Por su parte, las posiciones de Che Guevara alrededor del SPF eran también sustentadas por Luis Álvarez Rom, entonces Ministro de Hacienda del Gobierno Revolucionario y proveniente de las filas del Ejército Rebelde, y, aunque con matices diferenciadores, por el economista belga Ernest Mandel, dirigente de la Cuarta Internacional, de orientación trotskista, amén de otros funcionarios vinculados directamente a la economía cubana, como Miguel Cossío, que polemizara con las concepciones de Alberto Mora alrededor de la ley del valor, y que entonces era dirigente de la Junta Central de Planificación.

El problema cubano era similar al de la Rusia soviética en un punto: ambos regímenes necesitaban mostrar que su economía podía funcionar dentro de los cánones del socialismo o sus defensores serían testigos mudos de la derrota del conjunto del proyecto. El realismo político de Lenin le hacía ver con claridad el problema de su país: si el campesinado, el pueblo todo, no veía “un nexo entre su existencia actual, dura, inauditamente desolada,

inauditamente miserable y penosa, y el trabajo que se realiza en nombre de remotos ideales socialistas”, mandarían “al diablo”, según sus propias palabras, al gobierno bolchevique.¹⁷ En el caso cubano, si bien la estructura económica que heredó la Revolución colocaba a la Isla entre los primeros países de América Latina en niveles de servicios y consumo, toda esa estructura dependía del mercado norteamericano para existir. Por su parte, las políticas populistas de los años cuarenta habían mostrado ya los límites económicos del modelo conciliatorio del capital y el trabajo, al modo en que se conoció en Cuba en esa década. Al verse imposibilitado el régimen revolucionario de acceder a ese mercado, y comenzar a pesar radicalmente sobre la eficiencia económica los compromisos sociales de una política orientada de veras a la justicia social, los niveles de crecimiento, que todavía fueron en aumento en 1959 y 1960, empezaron a reducirse drásticamente a partir de 1961 —y ya en marzo de 1962 hubo necesidad de poner en circulación la libreta de racionamiento ante los graves problemas generados por la disociación entre los niveles de producción y consumo. Al igual que le sucedía a los revolucionarios rusos, los cubanos estaban obligados a demostrar la viabilidad económica del régimen que estaban construyendo al precio de sus propias vidas.

Sin embargo, un aspecto fundamental unía en la distancia a Lenin, Preobrashenski y Che Guevara y los alejaba de Bujarin y de los defensores del cálculo económico. Para Lenin la

¹⁷ De ahí que parte de la política campesina de Lenin coincidiera con las tesis de Bujarin. Si bien este último tuvo que retractarse en público tres veces de su famosa consigna “enriquézcanse”, dirigida a los campesinos, y ella le pesó hasta su asesinato de estado por Stalin, no era exclusiva su idea dentro del discurso bolchevique. Trotsky, en abril de 1923 había dicho que la base de la política interior revolucionaria debería ser: “preocuparnos porque el año que viene sea más rico que este año” (Ver *La última lucha de Lenin. Discursos y escritos. 1922-23*, Pathfinder, Nueva York, 2000, 2 ed., pp. 36. y 287) lo que sin dudas el campesino entendería, según el autor de *Historia de la Revolución rusa*, y significaba en los hechos lo mismo que la idea de Bujarin. Con todo, Zinoviev, presunto heredero de Lenin, aseguraba que esta política hacia el campesinado era una traición a la revolución y capitulaba ante las tendencias burguesas presentes en el país, sin comprender aquella coincidencia de Bujarin con Lenin: seguir la política de Zinoviev significaba la muerte de la revolución por el aislamiento político y la catástrofe económica. (A. G. Lowy. *El comunismo de Bujarin*, Grijalbo, Barcelona-México, 1973, p. 305)

NEP no era *el camino* hacia el socialismo sino una “corrección deseable y necesaria de los errores del Comunismo de Guerra”, que a su vez tendría que ser “corregida y superada en el futuro”. El líder revolucionario sabía que estaba en juego la sobrevivencia de la Revolución y no vaciló en cambiar para mantener todo igual: negoció para más tarde poder avanzar.¹⁸

Para Lenin la NEP marcaba una derrota, no un derrotero. El conocimiento de la lógica de funcionamiento del capital lo había llevado a la conclusión de que ese era un período imprescindible en la construcción del socialismo, para las condiciones de Rusia, pero no el sentido del desarrollo socialista. Aún así, el Che Guevara fustigó con rudeza la idea fundante de la NEP. No podría existir, según el guerrillero argentino-cubano, un paréntesis capitalista que permitiera luego recuperar el rumbo originario de la construcción del socialismo: la NEP introducía en la Troya socialista un todopoderoso soldado: “el interés material directo como palanca económica.”¹⁹

Para la tradición del PSP el nuevo posibilismo soviético se conectaba con la antigua vocación reformista del comunismo cubano de los años 40, para los más jóvenes con el *elan* de las reformas liberalizadoras llevadas a cabo en una zona del campo socialista. En

¹⁸ “No podíamos mantener todas las posiciones tomadas en el primer asalto. Por otra parte, solo gracias a que en dicho asalto (...) conquistamos tanto, hemos tenido terreno suficiente para retroceder una gran distancia, e incluso ahora podemos replegarnos más aún sin perder nuestras posiciones principales y fundamentales.” *La última lucha de Lenin, Ob. cit.* p.47. De hecho, si Lenin no era demasiado pragmático, debió resultarle dramática la afirmación de que los comunistas debían ir a “Génova como comerciantes y no como comunistas”, según le comunicó a los delegados al XI Congreso del partido en 1922, después de un año de puesta en práctica la NEP. “Debemos organizar las cosas de modo que sea posible la marcha normal de la economía capitalista y el intercambio capitalista; porque esto es indispensable para el pueblo. Sin esto no se puede vivir.” (*Ob.cit.*, p. 45) En ese propio discurso, Lenin aseguró que el gobierno bolchevique había demostrado “con entera claridad que no sabemos dirigir la economía. Esta es la lección fundamental. O en el próximo año demostramos lo contrario, o el poder soviético no podrá existir. (*Ob. cit.* p. 39) La opinión de Lenin inclinaría la balanza hacia Bujarin. El líder de la revolución de Octubre había dicho en el X Congreso del Partido que “solo un acuerdo con el campesinado puede salvar la revolución socialista en Rusia hasta que la revolución haya tenido lugar en otros países”. (*Ob. cit.*, p. 71)

¹⁹ En la polémica soviética, si Preobrashenski sabía que la NEP, con el llamado Capitalismo de Estado, no podría superar la lógica económica del capital por ser parte ella misma de su esencia, y que lejos de superarla, contribuiría a reproducirla con todos sus corolarios en la sociedad posrevolucionaria, Bujarin, por su parte, propugnaba una idea novedosa para el marxismo: “Llegaremos al socialismo a través de y utilizando el proceso de circulación, no directamente a través del proceso de producción”, lo que traía para él una consecuencia primordial: “nuestro capitalismo de Estado agonizará con toda paz. A. G. Lowy. *El comunismo de Bujarin, Ob. Cit.*, pp. P. 271 y 179

los años cuarenta, el intento cubano de capitalismo keynesiano había producido mejoras para el movimiento obrero con sus tesis de intervención del Estado en la economía y fue un período —de 1940 a 1946— de fortalecimiento del sindicalismo obrero bajo la hegemonía comunista. Las credenciales no radicales del PC, que lo llevaron a la lucha electoral y a integrar la Coalición Socialista Democrática al lado de Fulgencio Batista, le permitieron participar con eficacia del juego democrático burgués, ganar el apoyo de importantes sectores obreros y de escaños en el Congreso, y hacerse de la noción de que la reforma no era, entonces, un camino maldito hacia un futuro mejor.

La nueva reforma en los países del socialismo esteuropeo recurría otra vez al mercado como *via crucis* del desarrollo. En su base, estaba el hecho de que el pensamiento económico socialista del siglo XX no había avanzado demasiado en la crítica al mercado. La crítica clásica a la planificación hecha desde el liberalismo por von Mises, Hayek y Robbins, que ocupa un amplio espacio del pensamiento económico de la pasada centuria, no fue respondida por los socialistas con profundidad hasta O. Lange y M. Dobb, que tampoco consiguieron ir mucho más allá de un mecanismo no diferente al del mercado, en el caso de Lange, y de la consideración de la planificación como un sustituto del mercado, en el caso de Dobb.²⁰ Lógicamente, era sobre la base del cálculo económico que los economistas soviéticos, entre ellos señaladamente Kantorovic y Nemcinov, estudiaban cuáles serían los instrumentos necesarios para una gestión más racional de la economía soviética.²¹

Por ese camino, el marxismo determinista soviético, como la versión más sofisticada del “antihumanismo teórico” de Bettelheim y Althusser, había construido una ciencia de los

²⁰ Claudio Napoleoni, *El pensamiento económico en el siglo XX*, traducción de Alejandro Pedrós, Oikos-tau, s.a., ediciones, Barcelona, 1968, p. 138

²¹ *Idem* p. 146

comportamientos económicos en los cuales el hombre, en palabras de Stalin, era un “engranaje de la gran maquinaria del socialismo”. Recuperar la discusión sobre la racionalidad libertaria del socialismo, y con ella la dimensión de la subjetividad, es uno de los temas de la polémica verificada en Cuba en torno al Cálculo Económico y el SPF.

En su defensa de la vigencia de la ley del valor en el socialismo, Alberto Mora arribaba a la siguiente conclusión: “La Ley del Valor solo dejará de operar (eso es, de ser un criterio económico regulador de la producción) cuando el desarrollo de las fuerzas productivas cree recursos ampliamente suficientes para satisfacer las necesidades fundamentales del hombre (necesidades socialmente reconocidas).” Al mismo tiempo, señalaba el entonces Ministro de Comercio Exterior que: “ En los actuales momentos en Cuba, la Ley del Valor mantiene todo su sentido: opera, como criterio económico, aún dentro del sector estatal.”²²

Con esto, los críticos del SPF partían de una consideración básica que suponía, sin postularlo expresamente, la desconexión entre ideología y economía —hecho que cuestionarían en común el marxismo del Che, una zona del posestructuralismo francés y la Teoría Crítica alemana. Esa tesis, obviamente antimarxista, no se presentaba como tal: aparecía camuflada en varias ideas-fuerza. Una de ellas permitía asegurar a los contendientes de Guevara que lo pretendido por él era un cambio de denominaciones a realidades ya existentes, a lo que Che respondía que el cambio de las palabras resultaba vital, pues los términos se van convirtiendo en categorías *per se* e informan las maneras de pensar. Si Gramsci había llevado adelante su estudio del modelo fordista de producción, con su distribución del espacio, el tiempo y las jerarquías, y había establecido los vínculos entre la trama de relaciones productivas concretas y la coordinación integral de la vida

²² Alberto Mora. “En torno a la cuestión del funcionamiento de la ley del valor en la economía cubana en los actuales momentos” en *El gran Debate sobre la economía en Cuba 1963-1964*, Ocean Press y el Centro Che Guevara, Melbourne-La Habana, 2003, p. 33

social, y a su vez las concatenaciones de ello con la reproducción de conceptos ideológicos sobre los modos “normales”, “naturales”, de comportarse, en la discusión cubana algunos pensaban que la economía podía marchar por un lado y la subjetividad por otro. Esta cuestión, que se encuentra en la crítica de Mandel a Bettelheim en la polémica de 1963-1964, era el fundamento de la economía moral del Che y de su representante en la tierra: el Sistema Presupuestario de Financiamiento.

En un plano estrictamente teórico, Bettelheim aseguraba que el mantenimiento de las categorías mercantiles, la libertad de acción de las empresas, la autonomía contable, la gestión a través del cálculo económico “al nivel de cada unidad” y las posibilidades de autofinanciamiento “de que cada una de ellas debe disponer”, estaban condicionadas por un estado dado del desarrollo de las fuerzas productivas”, y agregaba que tales variables traducían “las condiciones y las exigencias objetivas del funcionamiento de la economía socialista en el estado actual de su desarrollo”. El hecho de no respetarlas, concluía el planificador francés, solo podía “entorpecer el buen funcionamiento de la economía y poner obstáculos a la propia planificación.”²³

El SPF basaba su modelo económico en razones diferentes a las de Bettelheim: “razones profundas”, según les llamaba Ernesto Guevara. No hay Economía Política que no sirva de presupuesto a una determinada Filosofía Política: la idea del Che expresa una afirmación subversiva, a la que ya había renunciado desde tiempo atrás la ingeniería política del socialismo soviético: la necesidad de que un nuevo régimen social sea construido por seres humanos portadores de una nueva cultura, diferente en sus axiomas esenciales respecto a la lógica cultural del capitalismo, pues el hombre que fue formado para una civilización no puede ser el mismo que eche a andar otra diferente. La idea del Che es parte de una

²³ Charles Bettelheim. “Formas y métodos de la planificación socialista y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas”, en *El gran debate sobre la economía en Cuba, ob.cit.*, p. 206

concepción integral sobre la cultura: no se puede entender sin su “soporte material e ideológico”: la forma en que debe organizarse la economía y la política para proveer el espacio de realización posible a ese “hombre nuevo”.

Este enfoque no figuraba en el inventario de ventajas del sistema del cálculo económico, a pesar de que sus seguidores las habían glosado con profusión, a partir de los problemas causados por la implantación del SPF.²⁴ Todas las ventajas del sistema cálculo económico venían lógicamente avaladas por los éxitos alcanzados por ese sistema en la URSS: “Debemos tener presente que la URSS de hoy, la que se encuentra a la vanguardia de la técnica y de la automatización, la que en esta década superará la producción global y *per capita* de los Estados Unidos de Norteamérica, no la de los años 20, su Primer Ministro, Nikita S. Jruschov ha declarado recientemente (...): ‘Es preciso marchar con audacia y energicamente por la senda del estímulo material, partiendo de la calidad y cantidad de la producción.’”²⁵

Por el contrario, la concepción ideológica del SPF permitiría, según el Che, privilegiar la conciencia como resorte fundamental de la actividad humana, exigir la participación de las bases en la elaboración del plan, conceder a la planificación su pleno rol antiautárquico, preservar sus efectos integradores sobre los disruptivos de la iniciativa autónoma, pero, al mismo tiempo podía denunciar la burocracia, la centralización, la falta de participación, la baja productividad, la ausencia de calidad, la no consideración de los costos como

²⁴ Como ventajas del cálculo económico, Joaquín Infante situaba “la falta de relación entre los gastos de producción de las empresas y los bienes materiales útiles creados, como consecuencia de no disponer de sus ingresos para sufragar los gastos”; “la variación espontánea de los medios de rotación a nivel de las empresas”; la limitación “del Banco Nacional en el control y fiscalización de los créditos tomados por las empresas, ya que los mismos se conceden en forma directa y por el Ministerio de Hacienda”; “no garantizar la reproducción simple y restarle operatividad a las empresas al no poder realizar las reparaciones básicas y las inversiones menores en el tiempo requerido”; entre otras. Joaquín Infante. “Características del funcionamiento de la empresa autofinanciada”, en *El gran debate sobre la economía en Cuba, Ob. cit.*, p. 151

²⁵ *Ibid.* p. 151

herramienta indispensable de dirección del proceso productivo, entre otros males propios de las economías socialistas conocidas.

La discusión cubana poseía tonos estrictamente teóricos, pero ponía varias cuestiones esenciales en juego: la aceptación del modelo soviético, y la necesidad creciente de ir integrándose al sistema mundial del socialismo, así como el modelo político que se construiría en Cuba bajo el nombre de socialismo.

La NEP, aún sin proponérselo, había terminado fortaleciendo las tendencias centralizadoras presentes en la configuración temprana del Estado soviético — como es probable que sin la NEP el ascenso de Stalin al poder hubiese tenido otro signo. Desde el punto de vista económico, la NEP mostró lo que una economía de mercado en esas condiciones debía mostrar: la recuperación de las tasas de desempleo, el caos del mercado laboral, el progreso económico del campo a costa de la ruina de la industria y que las posibles soluciones a la crisis vendrían de la mano de medidas intervencionistas dirigidas contra el mercado, como mostró en su momento la grave crisis bautizada por Trotsky como “de las tijeras”. Desde el punto de vista político, el Partido que había previsto Lenin se trastocó, con posterioridad a su muerte y los fracasos de la NEP, en una estructura vertical y autoritaria —aunque ya la propia idea del partido único no estaba dentro de las aspiraciones ni de la derecha ni de la izquierda bolchevique y resultó más bien una concesión a las necesidades políticas del momento. La autoridad vertical, el despotismo, la regimentación del criterio, la condena penal de las disensiones fueron los rasgos del nuevo modelo instaurado a partir de 1925. Los seguidores cubanos de la NEP no habían hecho la crítica histórica de la construcción del socialismo en la URSS, al modo en que lo venía haciendo la izquierda que emergía en el Tercer Mundo, amén de la europea, y consideraban a Kámenev, a Zinoviev, a Bujarin, entre otros, “víctimas de acusaciones de las cuales no supieron defenderse o no pudieron

hacerlo.” Las muertes de aquellas figuras les parecieron justificadas en esos momentos “ante la magnitud de una traición que ponía en peligro la existencia misma de la Unión Soviética y el destino del socialismo.”²⁶ En Cuba, la construcción del Partido según cánones del socialismo esteuropeo, el control de la prensa y de las instancias de formación de opinión pública, el burocratismo, expresaban cómo las tendencias prosoviéticas existentes en el país cobraban fuerza, a pesar de que se imponían sin costos excesivos dado el prestigio extraordinario de la dirección revolucionaria, aunque no por ello dejaran de acarrear consecuencias.

En marzo de 1962 fue denunciado el llamado “sectarismo” y Aníbal Escalante, considerado su principal promotor, fue separado de la Dirección Nacional de las ORI. No obstante, expulsada la persona, otros problemas quedaban en pie. Las cuestiones que el debate económico cubano no afrontaba de manera explícita eran fundamentales: la naturaleza del régimen político socialista y el modo de dirigir la Revolución. Si el Che Guevara manifestaba su preocupación [de negarse el “derecho a disentir en los métodos de construcción (lucha ideológica) a los propios revolucionarios, se crearían las condiciones para el dogmatismo más cerril”²⁷], para la otra parte del debate, a juzgar por la ausencia de referencias a este tema a lo largo de la polémica, el socialismo y la democracia popular ya habían puesto su casa en la tierra y solo se trataba de seguir su modelo.

La invasión soviética a Checoslovaquia en 1968 y la crisis económica de fines de los sesenta en Cuba serían acontecimientos decisivos para el futuro de estos debates, así como para el de la propia Revolución.

²⁶ Luis Báez. “Diez preguntas a Carlos Rafael Rodríguez”, *La Gaceta de Cuba*, marzo-abril, 1993, p. 11

²⁷ “Que aquí puedan colarse de contrabando tesis de otras clases sociales teñidas o no de sarampión revolucionario, nadie lo duda; debemos considerar siempre esta posibilidad, pero no hacerlo una norma para calificar toda divergencia.” En Orlando Borrego. *Che el camino del fuego*, Editorial Imagen Contemporánea, La Habana, 2001, p. 371

La dirección revolucionaria cubana intuía que el éxito de la reforma de Dubcek arrastraría consigo a otros países socialistas a un “caos”, que acabaría con el precario equilibrio vital a la subsistencia de Cuba, y Fidel Castro se vio precisado a tomar una decisión de *realpolitik*: aunque con reservas, aceptó la destrucción de la Primavera de Praga por el Pacto de Varsovia. Lenin había sido muy explícito al precisar que la política hacia el interior de la URSS, y por consiguiente su política exterior, no podían basarse en ningún tipo de especulaciones sobre la Revolución Mundial. Para los cubanos el contexto de América Latina tras 1968 no podía devenir más desalentador: la gesta del Che derrotada en Bolivia, y con ello frustrada la idea de llegar a la Argentina; los líderes revolucionarios brasileños asesinados; la Revolución venezolana, los tupamaros, el experimento de la Unidad Popular en Chile, el régimen de Velazco Alvarado, para ese momento ya todos derrotados o en vías de serlo.

El costo de transigir, aunque a medias, con la URSS, era elevado, pero no más que dejar al país políticamente al paio justo en el momento en que las grandes geopolíticas de la dominación mundial, como les llamara Nietzsche, se encontraban en plena consolidación. Para consolarse por la tragedia, los revolucionarios cubanos bien podrían recordar al Lenin de Brest Litovsk: “Si no estáis preparados para adaptaros, si no tenéis estómago para arrastraros por el fango, no sois revolucionarios sino unos charlatanes. Yo propongo esto no porque me guste, sino porque no tenemos otra salida, porque la historia no ha tenido la ocurrencia de ponerse tan bien como para hacer madurar la revolución en todas partes y al mismo tiempo.”²⁸ Pero el socialismo cubano no solo expresaba la posibilidad de la autenticidad, y tenía como obligación *revolucionaria* defender tal carácter, sino que en 1968 Cuba vivía el apogeo nacionalista del centenario del inicio de sus guerras de

²⁸ Christopher Hill. *La Revolución rusa*, Edición Revolucionaria, La Habana, s/f, p. 140

liberación. Negar en esa coyuntura el derecho de Checoslovaquia a la libre determinación era un problema mayúsculo para las credenciales radicales cubanas, hecho que la dirección del país equilibraba a través de la “ofensiva revolucionaria” y la búsqueda de la “revolución antiburocrática” al interior de Cuba.

La “ofensiva revolucionaria”, anunciada por Fidel el 13 de marzo de 1968, fue en cierto modo una versión revolucionaria de la doctrina soviética del socialismo en un solo país y se debió a una amarga constatación: Si Stalin había llevado esa idea hasta el extremo de una Rusia autosuficiente debido a la fuga de las perspectivas de cualquier revolución en Occidente, Fidel Castro, al contrario, la desarrollaba ante la falta de perspectivas socialistas y revolucionarias tanto en Occidente como en Oriente.

Ciertamente, Cuba era el único país que podía a esas alturas desarrollar una “ofensiva” que se llamase “revolucionaria” y, para ello, puso en práctica una nueva política económica inversamente proporcional a la NEP original: socialización de todos los servicios, primacía de los estímulos morales, gratuidad de casi todas las prestaciones, estatización a ultranza, guerra contra el burocratismo, énfasis en los problemas del subdesarrollo, en un *continuum* que por su entusiasmo más se parecía a la improvisación del Comunismo de Guerra, que a las directrices de una verdadera política económica, pero que tenía un objetivo bien delimitado: abolir el mercado.²⁹ Sin embargo, aun cuando se colocaron nuevamente las referencias al Che en un primer plano, y todo parecía indicar que sus tesis hallarían nuevo calado, poco tenía que ver el fundamento económico de la Ofensiva Revolucionaria con las

²⁹ En este contexto de radicalización socialista, se había declarado desde 1967 gratuita la matrícula a los círculos infantiles, se asignaron 199 millones de pesos a Salud Pública, el presupuesto más grande de la historia cubana; se hizo gratuita la entrada a los espectáculos deportivos, y por ese camino se exoneró de pago el tránsito de vehículos por el túnel de La Habana, se derogaron diversos impuestos, y se concedieron gratuitamente para todos los usuarios el servicio del agua, y de telefonía pública. Ver *22 años de Revolución. Cronología*, Editora Política, La Habana, 1983, pp. 65-68

ideas del Che sobre el ahorro, el control económico, y la eficiencia económica. Los negativos efectos económicos de esta política, traerían graves consecuencias.³⁰

Si la Revolución de Octubre había sido “una Revolución contra el capital de Marx”, como decía Gramsci, la cubana había sido una revolución contra la geopolítica. Al igual que el Capital se desquitó con creces de aquel revés en Rusia, la Geopolítica no demoraría mucho en tomar venganza contra la Isla. La muerte del Che en Bolivia y el fin de la posibilidad guerrillera en América Latina, la invasión soviética a Checoslovaquia, la crisis de la economía cubana, el cierre de los créditos con Occidente y la escalada agresiva anunciada por Nixon incluso antes de resultar electo presidente en noviembre de 1968, impusieron este año a Cuba otro deslinde,³¹ tan importante como el que se había producido en 1961.

Cuba no fue solo el *primer* país socialista de América Latina, como diría Fernando Martínez Heredia, sino el *único*. La Rusia Soviética había sido la primera víctima de esa soledad y Lenin vivió obsesionado por el triunfo de la revolución allende sus fronteras.

Pero Cuba no era la URSS, sino un pequeño islote en medio de dos grandes continentes imperiales. La Isla, a falta del “comunismo policéntrico” del que hablara Palmiro

³⁰ El Informe Central al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba hizo una crítica de las medidas adoptadas en esa etapa: “en la conducción de la economía hemos adolecido indudablemente de errores de idealismo y en ocasiones hemos desconocido la realidad de que existen leyes económicas objetivas...”. Desde otra perspectiva, Carmelo Mesa-Lago describe los efectos de tal política: “En esta etapa el crecimiento económico se estancó o descendió junto al capítulo de inversión y la eficiencia del capital. El exceso de dinero en circulación alcanzó su cenit y el dinero perdió su valor en gran medida, mientras se expandía el racionamiento generando un rápido aumento del absentismo laboral. En 1970 la zafra alcanzó un volumen récord, pero en 1966-70 no se cumplieron los objetivos del Plan Azucarero en un 25%, la dependencia del azúcar se intensificó y la producción de la mayoría del sector no azucarero decreció con contadas excepciones. Se elevaron los déficits comerciales acusadamente, hasta una cifra récord, y aumentó la dependencia de la URSS al incrementarse la parte soviética en el volumen comercial y el déficit comercial de Cuba, y también los empréstitos y subsidios soviéticos.” Carmelo Mesa-Lago. *Breve historia económica de la Cuba socialista. Políticas, resultados y perspectivas* (versión española de Eva Rodríguez Halfter), Alianza Editorial, Madrid, 1994, p. 81

³¹ A la muerte del Che Guevara en octubre de 1967 las relaciones entre Cuba y la URSS habían llegado a su *nadir*, no había contactos de alto nivel entre el PCUS y el PCC, y el nivel de la participación cubana en las celebraciones del aniversario 50 de la Revolución de Octubre había ofendido a los soviéticos, aunque quizás no tan mortalmente como las críticas cubanas a la URSS por su forma de manejar sus asuntos internos, por su ingerencia en la política cubana, así como por su posición ante la guerra de Viet Nam y la crisis del Medio Oriente y la lucha revolucionaria en general. Ver Piero Gleijeses. *Misiones en conflicto. La Habana, Washington y África. 1959-1976*, Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 249

Togliatti, no podía intentar la tercera vía que China ya no podía ofrecerle a los cubanos, y decidió a partir de mayo de 1968 comenzar a “normalizar” sus relaciones con la URSS, para 1969 dejó de criticar públicamente a ese país, y tras el fracaso de la zafra de 1970, ya le fue imposible mantener una posición suficientemente autónoma en el orden económico internacional y debió canalizar sus relaciones políticas y económicas con el campo socialista.

El año 1969 había sido nombrado “Año del esfuerzo decisivo”, lo que significaba el de la puja final por el destino, en el que se buscaría vencer la fatalidad y garantizarse un espacio propio en la cohabitación política mundial. Para ello, los cubanos opusieron una Fiesta de la Voluntad a la Fiesta de la Razón de los jacobinos. La zafra de los 10 millones de toneladas de azúcar fue el último esfuerzo de financiar la herejía cubana. Mal calculado, y en él depositadas todas las esperanzas de salvación, con su fracaso hacía crisis el modelo económico y político cubano, aún en experimentación y sin demasiada definición, resultado del equilibrio de fuerzas al interior de la Revolución. Aún ese modelo construido sobre mixturas que Fidel Castro impugnaba tras el fracaso de la zafra del 70: “Vamos a comenzar la democratización del movimiento laboral. Si el movimiento de los trabajadores no es democrático, no sirve.”³²), no podría ser corregido en lo adelante en el sentido que venían defendiendo los promotores de construir otra política y otra economía para el socialismo cubano, distinta a la preconizada por la experiencia soviética. Si todavía en 1968 pudieron coexistir la polémica de los premios UNEAC y el Congreso Cultural de La Habana, el proceso a la microfracción y las declaraciones expresas de solidaridad con Viet Nam, a partir de entonces los caminos comenzarían a conducir hacia Moscú.³³

³² Citado por Lowry Nelson. *Cuba: las dimensiones de una Revolución*, Buenos Aires, 1976, p. 177

³³ Las relaciones entre Cuba y la URSS tras 1971 no pueden reducirse a la consabida tesis del “satélite”. La política cubana alrededor de Africa, Medio Oriente, su participación en el MNOAL, entre otros factores, mantuvieron distancia de las posiciones soviéticas. El tema de las relaciones entre Cuba y la URSS, en toda su

2.2 Polémica Alfredo Guevara-Blas Roca: caminos de la cultura

El 12 de diciembre de 1963 el periódico *Hoy* publicó en su sección “Aclaraciones”, una nota crítica hacia la política de exhibición cinematográfica del ICAIC. El artículo sin firmar pronto se reveló redactado por Blas Roca, otrora secretario general del PSP y ahora miembro de la Dirección Nacional del Partido Unido de la Revolución Socialista, sucesor de las ORI a partir de mayo de 1963. Alfredo Guevara, presidente del ICAIC, organismo creado a solo tres meses del triunfo por el Gobierno Revolucionario para atender la actividad cinematográfica en el país, respondió al artículo de Roca en el propio periódico, para dar inicio a una polémica que se extendería hasta el 27 de diciembre.

Las películas *Alias Gardelito*, de Lautaro Murua; *El ángel exterminador*, de Luis Buñuel; *La dulce vida*, de Federico Fellini; y *Accatone*, de Pier Paolo Pasolini, eran los blancos de la crítica de Roca. Les imputaba ser representantes del arte decadente burgués, de pertenecer al conjunto de obras que “no pueden ser buenas” para las necesidades de un país en revolución, por “aflojar el espíritu combatiente, de sacrificio y pelea de nuestro pueblo”, y contaminar a este con “blandenguería burguesa o despreocupación frente a los imperialistas, sus lacayos y sus gusanos contrarrevolucionarios”.³⁴ De la lectura de *Palabras a los intelectuales*, muy citadas por ambos contendientes, Blas Roca había extraído esta consecuencia: “el cine, como la televisión, tienen una gran importancia en cuanto a la educación o formación ideológica del pueblo.”³⁵ Ahora bien, las funciones

complejidad, carece todavía de investigaciones definitivas hechas en el país.

³⁴ Blas Roca. “¿Cuáles son las mejores películas?”, en *Aclaraciones*, Editora Política, La Habana, 1965, tomo 2, p. 694

³⁵ Blas Roca. “IV parte de respuesta a Alfredo Guevara”, en *Aclaraciones*, *Ob. cit.*, p. 707

asignadas por el autor de *Los fundamentos del socialismo en Cuba* al arte cinematográfico y a la cultura en general era lo que mantenía abierto un “abismo” entre él y el presidente del ICAIC. Para Guevara la propuesta de Roca entrañaba reducir la significación del cine, “por no decir su función, a la de los ilustradores de la obra revolucionaria, vista por demás en su más inmediata perspectiva”.³⁶ La preocupación de Guevara no era inédita, ya había sido advertida por Walter Benjamin en Moscú en los años veinte.³⁷ Para Benjamin, el hecho de que no pudiese expropiarse el cine del dominio imperialista, ni dotarle de una visión verdaderamente revolucionaria, estaba determinado por los *fórceps* impuestos al cine soviético: la imposibilidad de “describir la vida burguesa”, el “desconocer por completo el erotismo” y “trivializar las relaciones amorosas y sexuales como un credo inherente al comunismo” y por no dejar como objeto de sátira nada más que “a la nueva burguesía”,³⁸ entre otros muchos motivos que impedían la conversión del cine en un discurso artístico pleno de resonancias sociales.

La cuestión debatida en Cuba en 1963 tenía la larga historia ya vivida en la URSS de las búsquedas vanguardistas iniciales de Eisenstein —y en un plano más general de Maiakovski, Blok, Briusov, Pasternak, Babel, Ajmátova, entre otros—; y la posterior clausura del espacio crítico que podía hacerlas posibles, que concluiría formalmente tras la declaración del realismo socialista como estética oficial del Estado Soviético a partir de 1934, aunque desde antes tal espacio ya era inexistente.

En la polémica cubana, más que dos estéticas se enfrentaban dos modos contrarios de concebir la cultura y la ideología. La experiencia del PSP en el campo cultural era extensa:

³⁶ Alfredo Guevara. “Alfredo Guevara responde a las Aclaraciones”, en *Revolución es lucidez*, Ediciones ICAIC, La Habana, 1998, p. 203

³⁷ “La importante cuestión que se plantea es hasta qué punto pueda, sobre esta base, expropiarse el cine, una de las maquinarias más adelantadas para el dominio imperialista de las masas”. Walter Benjamin. *Diario de Moscú*, Taurus, Buenos Aires, 1990, p. 72

³⁸ *Ibid.* p. 72

directa o indirectamente había creado, a partir de 1938 y hasta los años cincuenta, el diario *Noticias de Hoy*, la Cuba Sono Films, la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, la emisora Mil Diez y editado las revistas *CTC*, *El Comunista*, *Fundamentos*, *Dialéctica*, *Gaceta del Caribe*, *Nuevas Letras*; *Cuba y la URSS* y *Mensajes. Cuadernos Marxistas*. Después de un proceso autocrítico, el Partido había también rediseñado su política cultural en los cincuenta, tras lo cual creó la Comisión para el trabajo intelectual (1953), cuyo principal éxito sería la creación de la Sociedad Nuestro Tiempo, con su correspondiente revista.³⁹ Todo esto había sido muy importante para el campo intelectual en general y no solo para la difusión en Cuba del tipo de marxismo esgrimido por el PSP: Guevara mismo, comunista, había militado en el Partido y se encontraba entre los fundadores de Nuestro Tiempo. No obstante haber trabajado con inteligencia, y haber nucleado a buena parte de lo mejor de la intelectualidad cubana, la cúpula dirigente de ese Partido, inscrito en la tradición cultural e ideológica del estalinismo, no podía ir mucho más allá de las ideas de la cultura dirigida y el realismo socialista, y una vez en posesión de poder se lanzó a seguir en escala a sus mayores.

El ICAIC expresaba otro modo de concebir la política cultural: los jóvenes que habían realizado la modesta experiencia neorrealista de “El Mégano”, habían pasado por la Escuela de Cine Experimental de Roma y en el caso de Guevara habían sido asistentes de dirección y guionistas de películas de Luis Buñuel venían de otra experiencia cultural y política. (El mismo Guevara partiría hacia las filas del M-26-7, dejando la membresía del PSP). Las películas producidas por el ICAIC, la distribución en todo el país de, según la apreciación de ese Organismo, “los mejores” filmes extranjeros, la concepción de la

³⁹ Ricardo Hernández Otero. *Sociedad Cultural Nuestro Tiempo. Resistencia y acción*, Letras Cubanas, La Habana, 2002, pp. 320-327. La versión íntegra de este texto apareció, en coautoría con Enrique Sainz, con el título “Proyecciones e iniciativas culturales de los comunistas cubanos (1936-1958)”, en *Temas*, Nueva Época, No. 22-23, julio-diciembre de 2000, p.88-100

programación cinematográfica, la existencia de los cine clubes, la creación de la revista Cine Cubano y de la Cinemateca de Cuba—así como la fundación posterior del Festival del Nuevo Cine Latinoamericano, del Grupo de Experimentación Sonora del ICAIC y del Grupo de Experimentación Gráfica y Audiovisual— mostraban las diferencias de origen con las tesis sobre la cultura dirigida manejadas por el PSP.

En la polémica Guevara-Roca había varios asuntos cardinales en juego: el ejercicio del derecho al desacuerdo entre los revolucionarios, la política cultural y con ella la necesaria especificidad del discurso artístico, el papel reservado a los intelectuales dentro de la Revolución, la condición del público y la relación entre la educación y la cultura.

Mientras que para Roca la arremetida de Guevara contra él era una “ciega lucha sin motivos, sin razón y sin principios”⁴⁰, el presidente del ICAIC tenía motivos para considerarla “no solo conveniente y saludable sino además *necesaria*”.⁴¹ Guevara atacaba una corriente que veía avanzar, en plena coincidencia con las tesis de Roca, autotitulada como “política cultural del Gobierno Revolucionario” y que se encontraba explicitada, entre otras fuentes, en los puntos que el Consejo Nacional de Cultura presentó al Primer Congreso Nacional de sus activistas.

Roca utilizaba una de las frases del discurso de Fidel a los intelectuales para establecer las relaciones entre arte, estética y revolución: “El artista más revolucionario es aquel que pone la revolución por encima de todo lo demás, el que está dispuesto, incluso, a sacrificar su propia vocación artística —si ello es necesario— por la revolución.”⁴² Ese estar la Revolución “por encima de todo lo demás” era en la práctica equivalente al uso instrumental que el marxismo soviético había hecho de las relaciones entre cultura,

⁴⁰ Blas Roca. “Final de respuesta a Alfredo Guevara”, en *Aclaraciones*, *Ob.cit.*, p. 715

⁴¹ Alfredo Guevara. “Aclarando las aclaraciones”, en *Revolución es lucidez*, *Ob.cit.*, p. 211

⁴² Blas Roca. “IV parte de respuesta a Alfredo Guevara”, en *Aclaraciones*, *Ob.cit.*, p.707

ideología y política, causante de que las tesis sobre los condicionamientos socioestructurales del arte y de sus reflejos en la ideología hubiesen terminado en la subordinación del arte y la ideología a la Diosa Política. Si la función específica del arte era un fragmento de “todo lo demás” podía y debía sacrificarse en el altar de la Revolución, cuando ella lo necesitase. Sin embargo, lo que según Guevara necesitaba la Revolución, y lo afirmaban las *Palabras a los intelectuales*, no era la dejación de la condición específica del arte, “de lo que hace del arte arte”, sino la plena asunción de sus potencialidades, de sus capacidades críticas, indagativas, imaginativas, puestas en función de la Revolución. “El arte no es propaganda, y ni en nombre de la revolución resulta lícito el escamoteo de sus significaciones”,⁴³ aseguraba Guevara.

Blas Roca, al preguntar sobre la función del cine, “en el presente período, en nuestra Cuba revolucionaria y socialista” no requería una respuesta en el plano estético: buscaba establecer el papel que debería asignársele a los intelectuales en la esfera pública y la condición que debería al mismo tiempo adjudicársele al público, lo que tampoco era un problema inédito para el socialismo.

Roca, en el “afán de que el artista, el escritor, se meta en los hechos, penetre en sus entrañas, conviva en la granja (...) y saque de todo ello el material de (sus) obras⁴⁴, demarcaba la jurisdicción de los intelectuales: “cantar a la acción diaria y/o cantar la vida en toda su dimensión”⁴⁵. Ese “toda su dimensión” no incluía, en sus palabras, el hecho de describir “el proxenetismo” o el robo “de la cadena a un pequeño indefenso y confiado”, tal como aparecía en las películas cuestionadas por Roca,⁴⁶ sino la acción positiva de reflejar “con veracidad y pasión, la epopeya de un pueblo que transforma sociedad, economía y

⁴³ Alfredo Guevara. “Alfredo Guevara responde a las *Aclaraciones*”, en *Revolución es lucidez*, *Ob.cit.*p. 204

⁴⁴ Blas Roca. “Respuesta a Alfredo Guevara”, en *Aclaraciones*, *ob. cit.*, p. 698

⁴⁵ *Ibid.* p. 698

⁴⁶ Blas Roca. “Final de respuesta a Alfredo Guevara”, en *Aclaraciones*, *ob. cit.*, p. 719

naturaleza y que se transforma a sí mismo”.⁴⁷ *A contrariis*, para Guevara, *lo revolucionario* no se definía por la vinculación de la obra del artista con “la acción diaria”, sino con la “audacia”, el “saber”, la “penetración” e “imaginación” intelectual necesarias para descubrir “el hilo de las cosas, o un hilo, o un hito del mundo real hasta entonces inalcanzado, o no suficientemente explorado, y (encontrar) el modo de expresarlo.”⁴⁸ De esta manera, no se estaba juzgando la competencia del intelectual para asomarse a un campo u otro del saber o del arte, ni para escribir, pintar, componer “en la forma o estilo que prefiera, sobre el tema que más le agrada o convenga”,⁴⁹ sino su jurisdicción para entrar al terreno de la política, aquella que administra la interpretación de “la acción diaria” y el acceso a lo “no suficientemente explorado”. No se trata de meras palabras, ni de frases mejor o peor construidas: ambos han puesto en discusión las posibilidades del intelectual de hablar sobre lo inédito y lo ignoto, sobre lo no sancionado por las interpretaciones académicas o políticas, de proponer otro rumbo a esas interpretaciones, de criticar lo existente, de imaginar otras posibilidades y de *crear* las formas de expresarlo.

A la pregunta de José Stalin de por qué no aparecía un Tolstói soviético, Isaac Deustcher había respondido que tal escritor no podía darse en un medio donde le fuera imposible decir: “No puedo callar”, pero tampoco podría hallarse, valga la parodia, en un medio que situara como único criterio estético, como *summa* crítica, la exclusiva opinión de obreros y campesinos a la hora de enjuiciar *La guerra y la paz*. En su discusión, Roca y Guevara definían nada menos que el tipo de intelectual que podría producir las obras de arte (“el Tolstói cubano”), y las condiciones necesarias para la recreación del ambiente en que podrían realizarlas, allí donde el artista pudiera libremente decir o callar.

⁴⁷ Blas Roca. “Respuesta a Alfredo Guevara”, en *Aclaraciones, ob. cit.*, p. 698

⁴⁸ Alfredo Guevara. “Alfredo Guevara responde a las *Aclaraciones*”, en *Revolución es lucidez, Ob.cit.*, p. 204

⁴⁹ Blas Roca. “IV parte de respuesta a Alfredo Guevara”, en *Aclaraciones, Ob.cit.*, p.707

En la polémica, a la condición del intelectual se sumaba como correlato la condición adjudicable al público. El vago concepto de “el público” es utilizado a menudo como barrera de contención de la actividad intelectual: su nivel cultural, su sensibilidad, su grado de información, sus ideas hacia la sexualidad, el género, la raza, son enarbolados con frecuencia como el índice del *no más allá* de lo que puede hacerse en materia de actividad artística, so pena de conjurar los demonios dormidos del “pueblo”. En el caso cubano, el bajo nivel educacional del pueblo era un hecho: si en 1958 había en Cuba un millón de analfabetos y más de un millón de semianalfabetos, y la población mayor de 15 años tenía un nivel educativo promedio inferior a los tres grados; en 1962 solo se habían graduado de sexto grado algo más de medio millón de adultos, y en 1963, el año de la polémica Roca-Guevara, de un millón 102 mil 153 trabajadores encuestados por la CTC, 81,1 % tenía un nivel escolar inferior al sexto grado.⁵⁰

Dada esa constatación, Roca y Guevara enfocaron de manera diferente lo que el pueblo debía consumir desde el punto de vista cultural. “Se trata —escribía Guevara— de reconocerle al público, al pueblo, a los trabajadores que lo forman, el derecho y la posibilidad de juzgar por sí mismos, de apreciar, a partir de ciertos niveles de calidad, el conjunto de obras cinematográficas de todos los países.”⁵¹ Pero si ello conducía —aseguraba Blas Roca— a “tener que aceptar toda obra de arte de cualquier contenido —revolucionario, socialista o antisocialista, progresista o reaccionario—”,⁵² entonces disentía en toda la línea del criterio de Guevara. Y, en ese camino, a la hora de juzgar los contenidos progresistas o reaccionarios y de valorar “sus efectos” sobre los trabajadores, “las opiniones

⁵⁰ Una encuesta dada a conocer en febrero de 1961 daba a conocer que el 40% de los hogares cubanos no leía periódicos, el 23% no leía libros y los adolescentes preferían la lectura de muñequitos. *Cronología de la Revolución Cubana, Ob. cit.*, p.23

⁵¹ Alfredo Guevara. “Alfredo Guevara responde a las *Aclaraciones*”, en *Revolución es lucidez, Ob.cit.*, p. 205

⁵² Blas Roca. “Respuesta a Alfredo Guevara”, en *Aclaraciones, ob. cit.*, p. 699

de esos obreros, honrados, laboriosos, revolucionarios que con su esfuerzo, con su sudor, con su producción hacen revolución todos los días” tenían para Blas Roca “crédito y autoridad, (y eran) dignas de ser consideradas y tomadas en cuenta.⁵³ Si bien era difícil contrariar esa definición en un plano general, lo problemático estaba en su corolario: debía juzgar el mismo sujeto que tendría limitadas sus posibilidades de conocer. Por ese camino, en un medio que desarrollaba a toda velocidad una revolución educacional y cultural, llamada a subvertir constantemente tales niveles, esos “obrerros, honrados, laboriosos” seguirían siendo el *otro* nunca suficientemente instruido a quien es preciso vigilar en el eterno proceso de su educación sentimental, quiere decir, de su formación ideológica. Reaparecía así una antigua paradoja, entrevista por Guevara: el mismo sujeto que tuvo suficiente conciencia política para hacer la revolución y soportar luego los sacrificios impuestos por la victoria, al mismo tiempo no poseía la suficiente formación ideológica para discernir el contenido “reaccionario o progresista” de las obras de arte.

Por otra parte, la polémica entre Roca y Guevara, una vez situada en el plano de la educación y la cultura, llevaba a tomar posición frente a uno de los corolarios de la política del Zhadanovismo: la idea de contraponer las necesidades de la educación a las de la cultura y el arte, o, dicho de otro modo: considerar dicotómicos el “crecimiento en extensión” de la cultura, respecto a su “crecimiento en profundidad”. El complejo ideológico y político que hizo posible el llamado “realismo socialista”, un compuesto de oscurantismo político, ignorancia cultural, reacción moral y represión social e intelectual, creyó que hacer avanzar la cultura hacia las zonas despobladas y atrasadas de la Rusia asiática debía hacerse en detrimento del avance cultural de la Rusia europea. En esa concepción, para civilizar a las masas rusas ignorantes era preciso rebajarle el perfil

⁵³ “V parte de respuesta a Alfredo Guevara”, en *Aclaraciones, Ob.cit.*, p.710

intelectual a los creadores rusos, que debían situarse al nivel de sus camaradas iletrados, cumpliendo una sentencia que podría enunciarse más o menos así: mientras haya ignorantes nadie tiene el derecho de ser artista. En Cuba, país con masas poblacionales con muy bajo nivel educacional, que tenía como objetivo prioritario la revolución educativa, una política similar hubiera significado que “civilizar” a las masas iletradas del país entrañaba renunciar a cualquier búsqueda propia de las vanguardias artísticas, lo que en los hechos no ocurrió en todo el decenio de los sesenta, en parte gracias a la “virulencia” de esta polémica. Dentro de este período, la educación y la cultura pudieron sostener en Cuba relaciones de buena camaradería hasta 1971.

La polémica Roca-Guevara es paradigmática, y por ello la he glosado con mayor detalle que los otros debates reseñados en este texto, en lo que respecta a las políticas culturales en juego, y a la propia sociedad en juego, en la Cuba de los años sesenta. El decursar de la política y la cultura en la Isla hasta 1971, y los argumentos que acompañaron esos avatares no serán demasiado diferentes a los enfoques y los problemas contenidos en el cruce entre Blas Roca y Alfredo Guevara. La posición que ocupaban ambos contendientes, el poder similar del que disponían en la esfera pública, hacen que esta polémica exprese con claridad las opciones diversas existentes en el lapso, el equilibrio de fuerzas en que se movían, y su vigencia se prorrogue en un largo plazo más allá de la fecha en que se verificaron, como no sucedió con las polémicas de Che Guevara-Carlos Rafael Rodríguez, que ya para 1968 estaba agotada, ni con la de Aurelio Alonso-Félix de la Uz y Humberto Pérez, clausurada en 1971.

De este modo, la polémica Roca-Guevara anuncia, y en gran medida contiene, las polémicas explícitas o subtextuales que se verificarían a lo largo de los años sesenta. El texto de 1965 “El socialismo y el hombre en Cuba”, de Ernesto Che Guevara, haría causa

radical con todos los críticos del realismo socialista. Este ensayo, tan importante como *Palabras a los intelectuales*, aunque mucho menos influyente para la política cultural que le siguió, formuló una pregunta tajante: “¿por qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida?”. Tres años después, ya muerto el Che en la gesta boliviana, se produjo la polémica alrededor de los premios UNEAC. Ese evento, marcado por las circunstancias cubanas de 1968 descritas en otro lugar de este ensayo,⁵⁴ devino también el triunfo de los esfuerzos por reconducir el camino de la cultura a los cauces inspirados en la experiencia soviética.

Ciertamente, si algo era incompatible con la relación amistosa hacia la URSS que Cuba necesitaba para 1968 eran los poemas de Heberto Padilla, contenidos en *Fuera del Juego* y premiados por la UNEAC en ese propio año. Lo que contiene el libro de Padilla es una profunda convicción de que de la idea de la Revolución de Octubre quedaba ya “solo su enemigo”, como dice en el poema “Los alquimistas”. Una crítica tan radical de los crímenes del estalinismo, de los errores de su política cultural, de la política exterior soviética,⁵⁵ no le pareció desafecta a los ideales de la Revolución Cubana al jurado del Concurso de la UNEAC, al contrario,⁵⁶ pero en cambio sirvió para escindir nuevamente el campo intelectual cubano con feroces discrepancias, y para reagrupar las fuerzas de viejos contendientes. En una atmósfera enrarecida, que Antón Arrufat, autor de *Los siete contra Tebas*, pieza teatral también premiada en esa ocasión y por igual tratada como piedra de

⁵⁴ Ver epígrafe 2.1. *Polémica Ernesto Guevara-Carlos Rafael Rodríguez: razones de la economía*.

⁵⁵ “Esta paz es una inmoralidad”, dice en un poema, mientras que en el poema que da nombre al libro escribe: “Otro me dice que casi está prohibido hablar de guerrilleros, / que él ha escrito un poema / pidiendo un lugar en la prensa / para los muertos de Viet Nam”.

⁵⁶ En la declaración del jurado, se lee: “Padilla reconoce que, en el seno de los conflictos a los que los somete la época, el hombre actual tiene que *situarse*, adoptar una actitud, contraer un compromiso ideológico y vital al mismo tiempo, y en *Fuera del Juego* se sitúa del lado de la revolución, se compromete con la revolución y adopta la actitud que es esencial al poeta y al revolucionario; la del inconforme, la del que aspira a más porque su deseo lo lanza más allá de la realidad vigente.” *Fuera del Juego*, Ediciones Universal, Miami, 1998, P. 87

escándalo, describe como “que reinaba un clima irritado entre la gente, de suspicacia y a ratos de terror” y que “sobre nuestra vida social prevalecía la desconfianza”, muchos factores incidían, se interrelacionaban y otorgaban gran complejidad a los asuntos culturales. “Liberales y dogmáticos” fueron los términos utilizados en la época para calificar a los extremos presentes en esa polémica. En la pugna, el triunfo correspondería a los segundos, aunque no se haría completo hasta 1971, momento en el cual solo dejarían fuera de su esfera de influencia un margen para quienes postularon y estuvieron en condiciones de sostener una “tercera vía”: la alternativa defendida, entre otros, por el ICAIC: “La opción antiliberal de la Revolución, no es una opción dogmática”, afirmaría Alfredo Guevara.

Para Guevara, Padilla venía de donde *Lunes de Revolución*, y las críticas que le dirigió al semanario en 1961, podía suscribirlas por igual en 1968. Si atacaba a esos “liberales”, tampoco defendía a sus también de antaño conocidos, los “dogmáticos”, aunque transitoriamente coincidiera con ellos alrededor de *Fuera del Juego*, como expuso el entonces presidente del ICAIC en la revista *Verde Olivo*.

El espíritu que hizo posible el discurso de Fidel en el Congreso Cultural de La Habana, los ensayos de Roberto Fernández Retamar “Hacia una intelectualidad revolucionaria” y de Ambrosio Fornet “El intelectual y la Revolución”, junto al texto ya citado del Che, las actuaciones del ICAIC, la Casa de las Américas y el Ballet Nacional de Cuba, la existencia de la revista *Pensamiento Crítico*, entre otros enunciados, que expresaba la posibilidad de que una cultura socialista, propia de la autenticidad de la Revolución Cubana pudiera consolidarse en la Isla, y que contaba con el apoyo de la máxima dirección del país, se había hecho fuerte entre 1966 y mediados de 1968,⁵⁷ pero observaría cómo a partir de este

⁵⁷ Sobre esto volveremos en el epígrafe subsiguiente: “Polémica sobre los manuales de Filosofía: trayecto de la ideología.”

año se iría reeditando en Cuba la actuación de la Asociación Panrusa de Escritores Proletarios (VAPP), que logró en 1928, tras larga resistencia, que el Partido soviético tomara en sus manos el control de toda la actividad cultural —que en la práctica se ejerció a través de la VAPP.⁵⁸ De ello se encargaría, tras la polémica de los premios UNEAC en 1968 hasta alcanzar su entero triunfo en 1971, la zona de la política cubana que se afincaría en el Consejo Nacional de Cultura a partir del I Congreso Nacional de Educación y Cultura, que daría el triunfo retroactivamente a las posiciones de Blas Roca en su debate con Alfredo Guevara. La “tercera vía”, la posición intermedia entre los liberales y los dogmáticos, si bien fue fundamental para impedir el monopolio de la política asociada al realismo socialista en Cuba, no encontraría terreno propicio para su desarrollo y ampliación en los años setenta. Al I Congreso de Educación y Cultura, celebrado en 1971, “el ICAIC solo iba a defenderse y solo tenía fuerzas para defenderse solo”, ha dicho Manuel Pérez, cineasta con activa participación en aquel Congreso.⁵⁹ Si luego, y en general, “siempre que hubo en esos años discusiones en torno al estreno de alguna película, prevalecieron los criterios del ICAIC”,⁶⁰ ni las posiciones de este, ni las de Casa de las Américas, ni las del Ballet Nacional de Cuba, fueron suficientemente poderosas como para marcar el rumbo de la política cultural en general, y las nociones acerca de la creación artística, las relaciones entre los intelectuales y la política y entre la educación y la cultura se harían hegemónicas *a pesar* de esas posiciones.

Las tesis que suscribiera quien firmaba en *Verde Olivo* con el pseudónimo de Leopoldo Ávila, recreaban las ideas de Blas Roca en la polémica de 1963. El ambiente que podía permitir la coexistencia de diversas escuelas y enfoques en la Literatura, y la sostenida

⁵⁸ Carr pp. 158 y 159

⁵⁹ Arturo Arango. “Manuel Pérez o el ejercicio de la memoria”. *La Gaceta de Cuba*, No. 5, sept-oct., 1997, p. 11

⁶⁰ *Ibid.* p. 12

renuencia a escoger entre una de ellas, que en Cuba databa de la reunión con los intelectuales de 1961, y que en la URSS duró desde el triunfo revolucionario hasta 1928, duraría un lapso similar en Cuba. Las acusaciones de Ávila a Padilla excedían con creces el ámbito de la crítica literaria e ideológica.⁶¹ En similar línea, el ejecutivo de la UNEAC reafirmó sus opiniones sobre el carácter contrarrevolucionario de ambos libros.⁶² De hecho, lo más importante no era determinar cuánta razón cabía para considerar tales textos como contrarrevolucionarios, pues otras cuestiones quizás más esenciales quedaban planteadas y no fueron discutidas: la idea de la posesión exclusiva de la verdad revolucionaria en manos de Cuba, la instauración acrítica de opciones políticas regresivas ya probadas en la URSS, la falta de un enfoque cultural de la política, el triunfo de la zona “dogmática” del espectro ideológico revolucionario, la constatación de las debilidades del ordenamiento económico, político e ideológico cubano y las causas de la creciente adscripción a las políticas soviéticas. La polémica alrededor de los Premios UNEAC en 1968 y luego del “Caso Padilla”, en 1971, que se discutieron como si fuesen los problemas fundamentales de entonces, hacía visible la necesidad del debate político al interior de la Revolución de aquellas cuestiones.

Como resultado de la coyuntura cubana a la altura de 1971, y tras el Caso Padilla y el I Congreso Nacional de Educación y Cultura, las directrices de la política cultural cubana adquirirían rasgos fuertes de lo que fuera la política cultural del socialismo soviético,

⁶¹ Leopoldo Ávila acusó a Padilla de ser una de “esas muchachas del Túzex”, quiere decir “una prostituta”, de escribir poemas “además de bastante malos, francamente contrarrevolucionarios”, alegó no saber a qué estalinismo se refería Padilla en el caso cubano, habiendo sido criticado desde 1962 el “miniestalinismo” cubano, conocido con el eufemismo de “sectarismo”, y que en el propio año de 1968 protagonizaría el llamado “proceso a la microfracción”, y afirmaba que “el imperialismo ha tenido una suerte que no queremos para ellos, ha encontrado un Padilla para que le de forma poética (?) [sic] a sus consignas. *Fuera del Juego*, *Ob.cit.*, p. 113

⁶² “Nuestra convicción revolucionaria nos permite señalar que esa poesía y ese teatro sirven a nuestros enemigos, y sus autores son los artistas que ellos necesitan para alimentar su caballo de Troya a la hora en que el imperialismo se decida a poner en práctica su política de agresión bélica frontal contra Cuba.” *Ibid.*, p. 120

ganaría la posición hegemónica la línea relacionada desde antaño con el PSP, y con ello también la oposición de buena parte de la izquierda que antes defendiera con vehemencia la Revolución Cubana. La nueva reorientación geopolítica de la Revolución Cubana, traía como consecuencia un enorme deterioro de las relaciones de la Revolución con los intelectuales de izquierda del mundo, una buena parte de los cuales pasaron a ser “traidores” y tráfugas”, y se les prohibió su entrada por tiempo “indefinido” y “por tiempo infinito” a la Isla. Incluso algunos de los intelectuales que mantuvieron su defensa irrestricta de la Revolución Cubana pusieron no obstante sus condiciones.⁶³

El Caso Padilla y el I Congreso de Educación y Cultura definieron el rumbo de la política cultural cubana, como mínimo durante el quinquenio que le siguió, y, junto al fracaso de la Zafra de los Diez Millones, redefinieron el modelo de democracia socialista cubana. A partir de entonces, iría haciéndose manifiesta la necesidad de construir la institucionalidad representativa del Estado revolucionario. En el plano ideológico, la relación entre la crítica pública que no procediese de la más alta dirigencia revolucionaria y la construcción del socialismo se mantendría en la discreción o en la estricta reserva. La idea de un espacio público donde diversas posiciones revolucionarias pudiesen polemizar en igualdad de condiciones, y con similar autoridad para poder defender materialmente sus criterios, había sido puesta en solfa. El camino de la sobrevivencia debió hacer sus renunciaciones. La intelectualidad cubana perdió espacios para la expresión autónoma de su diversidad y especificidad, y la idea de que la política es también cultura, que se había hecho fuerte en

⁶³ Julio Cortázar, escribió en la fecha: “no acepto la repetición de humillaciones torpes, /no acepto confesiones que llegan siempre demasiado tarde,/no acepto risas de los fariseos convencidos de que todo anda bien después de cada ejemplo,/no acepto la intimidación ni la vergüenza. Julio Cortázar. “Policrítica en la hora de los chacales”, *Libre*, No.1, sept.-oct-nov. s/f, p. 129

los sesenta, se trató en el futuro inmediato por otra acepción: no hay cultura fuera de *determinada* política.

2.3 Polémica sobre los manuales de Filosofía: trayecto de la ideología

Una vez declarada socialista, y gracias a la progresiva socialización ciudadana en prácticas colectivistas y crecientemente anticapitalistas, la Revolución había colocado a la doctrina fundada por Marx, Engels y Lenin, en el centro de atención como teoría científica y también como ideología.⁶⁴ El enfrentamiento a los Estados Unidos, la alianza con la URSS, la situación revolucionaria en América Latina, la intensa ideologización de las conductas y los pensamientos, los bajos niveles educacionales del país, la politización general de la vida social, y escenarios de convivencia y aprendizaje como la campaña de alfabetización, las milicias revolucionarias y la militancia en las nuevas “organizaciones de masas” creadas tras el triunfo, unido todo a la creciente radicalización del carácter socialista de la Revolución (“somos socialistas pa’lante y pa’lante, y al que no le guste que tome purgante”, decía una estrofa popular en la época) proveían el contexto de recepción de las ideas marxistas en vastas masas poblacionales. Por ese camino, se hizo imprescindible el aprendizaje del marxismo, su utilización para comprender desde el punto de vista científico la realidad y su uso instrumental a la hora de definir la ideología de la Revolución.

La polémica sobre los manuales de filosofía expresa las dos líneas fundamentales que buscaron expandir el campo de la asunción del marxismo en Cuba y definir el tipo de marxismo que se debía seguir o crear. Desarrollada en la revista *Teoría y Práctica* durante 1966 y 1967,⁶⁵ enfrentaba a sus contendientes en tres planos: a Humberto Pérez y Félix de

⁶⁴ “En 1961 ser socialistas implicaba ser marxistas y serlo, aliados a los soviéticos, incluía ser marxistas-leninistas, aunque la mayoría no conociera nada de marxismo.” Fernando Martínez Heredia. *Temas*, Nueva Época, No. 3, 1995, p.20

⁶⁵ *Teoría y Práctica*, No.s 28, 30, 31 y 32 de, La Habana, 1966-1967

la Uz con Aurelio Alonso, luego a las Escuelas de Instrucción Revolucionaria (EIR) con el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, y, por último, a dos modos contrarios de entender el marxismo y su función en una sociedad socialista, y, con ello, a modelos políticos diferentes en los que podría cobrar sentido uno u otro marxismo.

Fundadas el 2 de diciembre de 1960, para estudiar el marxismo-leninismo y preparar a los cuadros dirigentes en el conocimiento de esta teoría, las EIR constituyeron la plaza fuerte del *marxismo soviético* en Cuba hasta su disolución en 1968.⁶⁶ Ellas, unidas a las Escuelas Básicas de Instrucción Revolucionaria (EBIR), creadas a su vez en mayo de 1961, se erigieron en un sistema de formación por el que pasó cerca de medio millón de estudiantes. Dirigidas por Lionel Soto, miembro de la dirección histórica del PSP, las EIR contaron en su claustro con profesores como Blas Roca, Gaspar Jorge García Galló, Raúl Valdés Vivó, Carlos Rafael Rodríguez, Pedro Serviat y César Escalante, figuras todas provenientes de aquel Partido; así como con los jóvenes profesores Humberto Pérez y Félix de la Uz, que, al igual que Eduardo del Llano y Roberto Toscano, habían regresado a Cuba en 1963 graduados de la Escuela Superior del PCUS. El propio escenario de la polémica, la revista *Teoría y Práctica*, menor en rango a su homóloga *Cuba Socialista*, se había fundado como un boletín de las EIR en febrero de 1964 y un año después comenzaría a incursionar en la teoría marxista.

Frente a la tendencia expresada a través de estos medios, se fue situando el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. Al estipular la reforma universitaria de 1962 que el marxismo pasara a ser obligatorio en todas las carreras, se presentó la carencia de profesores como una necesidad perentoria. Si tal necesidad fue cubierta en las EIR con antiguos cuadros del PSP y con jóvenes graduados en la URSS, otro grupo de jóvenes

⁶⁶ Fidel Díaz Sosa. “Las vías fundamentales de difusión del *marxismo soviético* en Cuba en la década del 60”, en www.filosofia.cu

comenzó a formarse como profesores de filosofía y de economía en la Escuela Nacional del Partido⁶⁷ Raúl Cepero Bonilla, los que, en su mayoría, pasaron a integrar luego el claustro del Departamento de Filosofía fundado en 1963. Ese Departamento, dirigido primero por el profesor hispanosoviético Luis Arana y luego por Gaspar Jorge García Galló, quedó a cargo en 1966 de Rolando Rodríguez, uno de aquellos jóvenes graduados, y, finalmente, una vez creado el Instituto del Libro y pasar Rodríguez a dirigirlo, sería su director Fernando Martínez Heredia. Integrado además por Aurelio Alonso, José Bell Lara, Hugo Azcuy, Ricardo Jorge Machado, Jesús Díaz y otros jóvenes profesores y profesoras, se fue creando en su seno un cuerpo de pensamiento de inspiración descolonizadora y abierto en temáticas y enfoques, que desde una perspectiva tercermundista y latinoamericana fue haciéndose hostil hacia el “doctrinalismo marxista” proveniente de la URSS, que no podía menos que entrar en contradicción flagrante con la filosofía representada por las EIR. La revista *Pensamiento Crítico*, editada por el Departamento a partir de 1967, sería el órgano teórico de esa posición.⁶⁸

Las necesidades de la educación en un país como Cuba reaparecen, tal cual habían hecho antes en el debate Roca-Guevara, como la causa primera de la polémica sobre los manuales, a lo que se sumaba ahora la escala a la que debía enseñarse el marxismo y las funciones que esta filosofía debería desempeñar en un país con las características de Cuba. Si en las reuniones de junio de 1961 en la Biblioteca Nacional Lisandro Otero comentaba: “Sin duda la cultura se dirige al pueblo, eso hicieron Cervantes y Shakespeare, Chaplin y Picasso,

⁶⁷ El PURSC se había convertido, en 1965, en el Partido Comunista de Cuba (PCC). Esta referencia “al Partido”, se refiere al PCC.

⁶⁸ Revista mensual publicada en La Habana entre 1967 y 1971, de la que aparecieron 53 números en 49 volúmenes. Su director fue Fernando Martínez Heredia, y el consejo de dirección estuvo compuesto por Aurelio Alonso y Jesús Díaz durante todos los números, José Bell Lara desde el número 2 hasta el final, Thalía Fung desde el principio hasta el número 36 (enero 1970), Ricardo J. Machado durante los seis primeros números (hasta julio de 1967) y Mireya Crespo desde el n° 44 (septiembre 1970) hasta el final.

pero ¿hacia qué etapa de desarrollo dirigirse: hacia el nivel en que fue sumido por las clases dominantes o hacia la cúspide hacia dónde lo elevaba la Revolución?”⁶⁹, el público al cual debía dirigirse la enseñanza del marxismo devenía una cuestión fundamental.

En su polémica, Pérez y de la Uz afirmaban la imposibilidad de sobreestimar los manuales, de considerarlos “como algo acabado y perfecto en los cuales pueda hallarse la respuesta a todas las inquietudes”,⁷⁰ y buscaban la solución al “problema” del “manualismo” en el uso que se les diera y en la formación alcanzada por los profesores. “El ‘manualismo’ es un mal que radica, ante todo, en los que impartimos la filosofía y la economía política, más que en los propios manuales”, aseguraban los polemistas.⁷¹ De la Uz y Pérez, como Lionel Soto y Carlos Rafael Rodríguez, reconocían la existencia de errores puntuales (para Carlos Rafael Rodríguez el “50, o 70 u 80 por ciento” de las afirmaciones de los manuales eran correctas, “en términos generales” y concedía el resto como “posiciones sometidas a estudio por los partidos”, dado su “enfoque dogmático”⁷²), pero defendían el uso del manual como regla general dada la baja escolaridad del alumnado —solo 18.7 % de los matriculados en las EBIR poseía una escolaridad superior al sexto grado—,⁷³ y dejaban fuera de duda la base marxista de tales lecturas.⁷⁴

⁶⁹ Lisandro Otero. “Cuando se abrieron las ventanas a la imaginación”, *La Gaceta de Cuba*, No. 4. julio-agosto, 2001. p. 54

⁷⁰ Humberto Pérez y Félix de la Uz. “¿Contra el manualismo? ¿Contra los manuales? O ¿Contra la enseñanza del marxismo-leninismo?”, en *Lecturas de Filosofía*, Instituto del Libro, La Habana, 1968, tomo 2, p. 745 y 746

⁷¹ *Ibid.* p. 750

⁷² Carlos Rafael Rodríguez, “Sobre la rigidez doctrinal”, en *Letra con filo*, Ciencias Sociales, La Habana, 1983, t.2, p. 443

⁷³ “Hasta 1967 las universidades tuvieron menos alumnos que en 1959. Todavía en 1970 solo el 10% de los que matricularon el primer año en ellas tenía 18 años o menos, y el 43% tenía de 22 años en adelante. Fernando Martínez Heredia, *Temas*.No. 3, 1995, p.20

⁷⁴ Una visión más compleja sobre la necesidad del uso de los manuales en Cuba puede verse en la entrevista a Ernesto Che Guevara que K.S. Karol recoge en *Los Guerrilleros en el poder*. K.S Karol. *Los guerrilleros en el poder. Itinerario político de la revolución cubana*, Seix Barral, Barcelona, 1972, pp. 61-75

Sin embargo, a Aurelio Alonso no le motivaba tanto el inventario de los errores puntuales como la filosofía inspiradora de los manuales. “Interesa, a mi juicio, mucho más la lógica del pensamiento creador de manuales dentro de la filosofía marxista, cómo toma cuerpo (en su historia concreta), cómo la estructura teórica que atribuyen al marxismo conforma un modo de pensar radicalmente distinto del que puede permitir un análisis histórico semejante al que Marx hizo de su época (o Lenin de la suya).”⁷⁵

De la Uz y Pérez criticaban a Alonso su negación del carácter marxista de los manuales, su cuestionamiento a la posibilidad de sistematizar el marxismo, y su hacer de la duda un elemento connatural del pensamiento.⁷⁶ La crítica de Alonso al “manualismo” se basaba sobre todo en que el tipo de sistematización recogida en los manuales se había realizado bajo “una política estricta de regimentación cultural (...) que afectó notablemente al saber científico”,⁷⁷ lo que colocaba su polémica ya en pleno territorio de la política soviética. El marxismo que llegaba entonces a Cuba desde la URSS era depositario del “estalinismo sin Stalin” posterior al XX Congreso del PCUS de 1956, de la declaración de inexistencia del “marxismo occidental” y de cualquier otra heterodoxia, de la crisis de la economía soviética puesta al borde por sus propias características y por la carrera armamentista, de la tesis de Jruschof de las vías pacíficas para arribar al socialismo, del anatema contra la revolución china después del conflicto chino-soviético, amén de mantener sus tesis tradicionales sobre el papel hegemónico de la clase obrera, de su concepción del partido como sujeto de la revolución socialista, y de su identificación de la sociedad soviética como la encarnación en

⁷⁵ Aurelio Alonso. “Manual... o no manual”, en *Lecturas de Filosofía, Ob.cit.*, p. 756

⁷⁶ “Porque la duda como exigencia de todo pensamiento lleva a situaciones tan absurdas y embarazosas como la de dudar hasta de si uno existe o no.” (*Ibid.*, p.767) Alonso respondió que el “reproche a la teología ‘marxista’ puede ser confundido con un reproche al marxismo, porque el manual es, para los que así piensan, el marxismo”, lo que sería tan erróneo e injusto como “identificar una opinión discrepante con una crítica a la existencia de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria y a su significado en la educación marxista de nuestro pueblo.” (*Ibid.*p 756)

⁷⁷ *Ibid.*p. 755

la tierra del paraíso sedicente “previsto” por Carlos Marx. El marxismo “logocéntrico” era puesto en solfa por Alonso tanto como el modelo político que lo hacía posible.

Pérez y de la Uz tenían un modo particular de entender la posición de Alonso hacia una crítica marxista *creadora*: llegar a ella era cuestión de poder disponer de tiempo para estudiar. “No olvide el compañero Aurelio —afirmaban— que la construcción del comunismo exige mucha acción y que tan solo pocos —profesores, intelectuales, etc.— disfrutan del tiempo suficiente para entregarse a la revisión histórica de las ideas del marxismo-leninismo”.⁷⁸ Si obviamos el eco displicente que connota la frase sobre los “profesores e intelectuales” que “disfrutan” para investigar del tiempo vetado a los hombres enfrascados en “la acción de construir el comunismo” —idea que presenta a los intelectuales y a la práctica revolucionaria como *contrarios*—, encontramos que la búsqueda y la investigación creativa de los problemas del marxismo no era una cuestión de formación cultural, de la arquitectura ideológica de cada persona y de sus opciones políticas, sino de poder hurgar con mayor paciencia en el pozo de un *único* marxismo. Con ello, Pérez y de la Uz, que conocían cómo el marxismo rigurosamente científico nunca ha estado desvinculado de la actividad política de sus principales formuladores, negaban la legitimidad de la existencia de un marxismo plural, y sobre todo la de un marxismo *en plural*: no había marxismos diferentes al soviético. Por su parte, las EIR habían avanzado mucho en la persecución de este aserto. Para dar a conocer el único “marxismo marxista” posible, habían hecho publicar, según cifras de Fabio Grobart, cinco millones de ejemplares de obras marxistas básicas y folletos políticos, todos “marxistas-leninistas”, solo en la segunda mitad del año 1962.

⁷⁸ Félix de la Uz y Humberto Pérez. “Contribución a un diálogo. Nuevamente sobre los manuales”, en *Lecturas de Filosofía, Ob.cit.*, p. 771

Sin embargo, la polémica en torno a los manuales no era una contienda particular entre *Teoría y Práctica*, las EIR, la Escuela Superior del Partido Níco López y el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. Desde 1962, con las primeras andaduras de la reforma universitaria, tal cuestión quedaba planteada. La revista *Universidad de La Habana* recoge como Elías Entralgo había dicho en clases —al entonces estudiante Mario Mencía— que a pesar de responder los estudios universitarios “a la más pura ortodoxia política del socialismo, la de los países socialistas es muy diferente a nosotros”.⁷⁹ Osvaldo Dorticós, presidente de la República, de visita en el Departamento de Filosofía en 1964, había alertado a los profesores del daño ejercido por el manualismo sobre el pensamiento marxista, lo que provocó la revisión inmediata de los programas de estudio y el ejercicio de la docencia sobre la base del estudio directo de los clásicos del marxismo. El propio Fidel Castro, visita frecuente en el Departamento, había indicado desde principios de 1965 la necesidad de aumentar el “núcleo de profesores, de trabajar en la investigación de los clásicos y en aquellas fuentes primigenias del marxismo previas a que este sufriera el embate *emplomador* del estalinismo.”⁸⁰ Al año siguiente la crítica al dogmatismo crecería aún en intensidad, y Fidel, en discursos pronunciados el 1^o de Mayo, el 29 de agosto y el 28 de septiembre, continuaría con su censura a la “mentalidad servil”, al “manualismo” y ratificando la necesidad de perseverar en nuestro “propio camino”. Esta crítica no podía dejar inmune la posición de las EIR.

Si en 1963, Lionel Soto había defendido en *Cuba Socialista* la utilización de los manuales soviéticos como *imprescindible*,⁸¹ la XIV Reunión Nacional de las EIR, celebrada en

⁷⁹ Citado en Yohanka León del Río. “Avatares del marxismo en la década del sesenta”, en www.filosofia.cu

⁸⁰ Intervención de Rolando Rodríguez en el panel *Mirar los sesenta*. Museo Nacional de Bellas Artes, 9 de julio de 2004.

⁸¹ “y de mucha utilidad por dos razones básicas: el nivel de los alumnos y la (escasa) duración de los cursos (...) y por el nivel de preparación del personal docente que es aún insuficiente”. Fidel Díaz Sosa. “Las vías fundamentales de difusión del *marxismo soviético* en Cuba en la década del 60”, en www.filosofia.cu

noviembre de 1966, consideró, con un cambio de tono bien perceptible, *necesario* el uso de los manuales, enfatizó la importancia de su estudio con un “criterio histórico y realista” y su utilización como algo “transitorio”. Las razones del paso de los manuales de ser “imprescindibles” a ser “necesarios” no se debía al aumento de la cultura marxista y del nivel escolar de los educandos —de hecho en ese propio año, 1966, casi una cuarta parte de los militantes del Partido no llegaba al cuarto grado de escolaridad—⁸², sino a un triunfo temporal de la posición antimanualista: en medio de aquellas críticas públicas al dogmatismo se había producido en septiembre de 1966 el II Encuentro Nacional de Filosofía, espacio que sería considerado luego como “la institucionalización de la heterodoxia”.⁸³ A su tenor, tomarían curso natural las propuestas de Fidel y Dorticós y la línea desarrollada por el Departamento de Filosofía: se rompía la lógica de los manuales y la división entre *Diamat* e *Hismat* y se sustituía la asignatura de filosofía por la de historia del pensamiento marxista.

Este nuevo cariz venía determinado a su vez por la posición cubana ante temas que no concedían espacio a la política del Este. Desde julio de 1965 el discurso oficial revolucionario subrayaba el énfasis en la crítica pública contra el “economicismo, el objetivismo, la manualización de la enseñanza, el burocratismo, el culto de la personalidad y otras lacras de la construcción socialista.” Fidel había abandonado la “moderación” del discurso proguerillero pactada en la Conferencia de Partidos Comunistas latinoamericanos, celebrada en La Habana en noviembre de 1964, y recalca ahora que la experiencia de Cuba respecto a la toma revolucionaria del poder “era un ejemplo para todos”. “No hay más

⁸² Humberto Pérez y Félix de la Uz. “¿Contra el manualismo? ¿Contra los manuales? O ¿Contra la enseñanza del marxismo-leninismo?”, en *Lecturas de Filosofía*, Instituto del Libro, La Habana, 1968, tomo 2, p. 748.

⁸³ Para el análisis de este período es importante consultar el dossier de la revista *Temas* dedicado a la “cultura marxista en Cuba”, donde aparecen, entre otros los textos “Izquierda y marxismo en Cuba”, de Fernando Martínez Heredia, y “Marxismo y espacio de debate en la Revolución Cubana”, de Aurelio Alonso. *Temas*, Nueva Epoca, No. 3, julio-septiembre de 1995.

cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de Revolución”, aseguraba por su parte el Che Guevara.

El lapso 1966-1967 marcaría el cenit de la política “independiente” del socialismo cubano, de la cual fue punta de lanza la promoción de la lucha armada en Latinoamérica, en franca contradicción con los intereses soviéticos en la región.⁸⁴ La *pax* soviética, considerada por Cuba como servidora indirecta de los regímenes latinoamericanos que el Che Guevara iría a combatir en Bolivia, era impugnada a diario a través de los frentes del Departamento América del PCC, de la Casa de las Américas —que en 1967 publicó *¿Revolución en la revolución?*, de Regis Debray, verdadero manual de insurgencia guerrillera, que entre otras cosas liquidaba algo tan caro a la doctrina soviética como la concepción del Partido de vanguardia —, de la OSPAAL y Tricontinental, de la OLAS, de la OCLAE, y del ICAIC, cuyo piso séptimo era un túnel hacia y desde Cuba de guerrilleros latinoamericanos. La propia casa de calle K, no. 507, sede del Departamento de Filosofía, era lugar de reunión de insurgentes: por allí pasaron Marighela, Turcios Lima, Roque Dalton, entre otros muchos combatientes, a hablar durante horas de la revolución latinoamericana, de cuyo triunfo, como era de todos conocido, también dependía la consolidación, y el rumbo futuro, de la Revolución Cubana.

El Departamento de Filosofía reconocía en esta orientación la verdadera autenticidad del “socialismo cubano”. En esa línea *Pensamiento Crítico* revaloraba los clásicos cubanos de los siglos XIX y XX —y publicó un número emblemático sobre la Revolución del 30—, trajo a Cuba por vez primera el pensamiento heterodoxo, proscrito en la URSS, de Gramsci, Labriola, Korsch, Lukacs, Rosa Luxemburgo, Preobahensky, Isaac Deutscher, E. H. Carr,

⁸⁴ El año 1966 fue bautizado en Cuba como “Año de la Solidaridad” y 1967 como “Año del Viet Nam Heroico”. Crear “dos, tres Viet Nam” latinoamericanos, según la consigna hecha famosa por Ernesto Guevara en su mensaje a la Tricontinental, se volvió la prioridad cubana después del fracaso de la experiencia de Zaire. Ver Piero Gleijeses. *Misiones en conflicto*, *Ob.cit.*, p. 246.

Althusser, Marcuse, Adorno, Horkheimer, prestó atención a Sudán, Argelia, Viet Nam, entre otras geografías tercermundistas, y editó el único conjunto de trabajos hasta hoy publicados en Cuba sobre “Mayo del 68”. Con todo, su atención mayoritaria recaía en los problemas del mundo subdesarrollado y específicamente en los de América Latina: las firmas de Darcy Ribeiro, Paulo Freyre, Rui Mauro Marini, Michael Löwy, Pablo González Casanova, Aníbal Quijano, Roque Dalton, entre otros muchos, frecuentaron sus páginas.⁸⁵

De este modo, a lo largo del lapso 1965-1967 el avance cubano hacia un “socialismo en español, pensado con cabeza propia”, estuvo “fuertemente escoltado” por una cultura que tomaba distancias de la URSS, si no se le oponía frontalmente; auguraba desarrollos creativos del marxismo en Cuba y hacía perder peso relativo al marxismo soviético y a sus valedores cubanos. Una metáfora describe la época: en 1967 *Pensamiento Crítico* se consideraba en sectores revolucionarios de América Latina como la revista oficial de la Revolución Cubana, mientras *Teoría y Práctica* fallecía en la Isla con su “misión cumplida”, pero sin pompas fúnebres ni honores militares. Para más, en febrero de 1967 *Cuba Socialista* posponía su salida hasta que el Primer Congreso del Partido adoptara “decisiones sobre algunos de aquellos problemas teóricos, estratégicos y tácticos del movimiento revolucionario en el mundo y sobre problemas varios de la construcción del socialismo y el comunismo”,⁸⁶ y las EIR desaparecían en 1968. “No puede haber nada más antimarxista que el dogma, no puede haber nada más antimarxista que la petrificación de

⁸⁵ La política editorial del Instituto del Libro hizo publicar en la fecha *Historia y Conciencia de Clase*, de Lukacs, la *Crítica a la Economía Política* de Rosa Luxemburgo, *La nueva economía*, de Preobrashensky, el *Stalin*, de Isaac Deutscher y *El hombre unidimensional*, de Herbert Marcuse y en total obras de Gramsci, Durkheim, Childe, Weber, Abagnano, Mondolfo, Turner, Hegel, Thompson, Kautsky, Jaegger, Galbraith, Frazer, y Freud, junto a las obras de Solzhenitsin, Thomas y Heirich Mann, Joyce, Proust, Kafka y Marcel Schwob, asesorados en el campo del pensamiento social por los profesores del Departamento de Filosofía y en el ámbito de la creación literaria por jóvenes intelectuales como Ambrosio Fonet y Edmundo Desnoes. En su conjunto, una política cultural bien distante, si no opuesta, a la soviética, puesta en práctica por un organismo estatal.

⁸⁶ Aurelio Alonso. “Marxismo y espacio de debate en la Revolución Cubana, *Temas*, Nueva Epoca, No. 3, julio-septiembre de 1995., p. 42

las ideas. Y hay ideas que incluso se esgrimen en nombre del marxismo que parecen verdaderos fósiles,”⁸⁷ aseguraba Fidel Castro en la clausura del Congreso Cultural de la Habana.

No obstante, la suerte inmediata de las EIR y de su revista ilustra una de las paradojas extraordinarias de los años sesenta: si bien a fines de 1966 habían preparado sus líneas de trabajo para los “próximos años”, desaparecieron tras las críticas al dogmatismo y al burocratismo en 1968, justo cuando se reconstruían los lazos amistosos con la URSS y se abría el camino para que los viejos polemistas de los manuales comenzaran a cosechar éxitos. Empero, el nuevo espacio que ganaría la posición de las EIR no sería anunciado en el campo de la cultura por triunfos al interior de la Universidad de las Escuelas de Letras o de Historia, contrincantes del Departamento de Filosofía y defensoras del marxismo soviético, sino con la polémica de los premios UNEAC de 1968.

El Departamento de Filosofía y *Pensamiento Crítico* serían *rara avis* en ese nuevo escenario: en 1970 fueron condenados por su ideología, ahora contraria a la de “la” Revolución. Con la clausura del Departamento y el cierre de *Pensamiento Crítico* en 1971, Cuba no cerraba un espacio intelectual, aunque el discurso público que los impugnó lo presentara como tal,⁸⁸ sino un camino legítimo hasta entonces que se había tornado inviable al conjuro de la nueva circunstancia. La unión de esta concesión a la necesidad con la coronación de los esfuerzos de la corriente de las EIR, la línea del antiguo comunismo

⁸⁷ “El marxismo necesita desarrollarse, salir de cierto anquilosamiento, interpretar con sentido objetivo y científico las realidades de hoy, comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una iglesia seudorrevolucionaria.” Fidel Castro. “Discurso de clausura del Congreso Cultural de La Habana”, en *Documentos de Política Internacional de la Revolución Cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972, p. 42 y 43

⁸⁸ “La Revolución no es un debate académico interminable. La ideología que se estudie y se enseñe en nuestro país no puede ser otra que la que sustenta nuestro partido, el marxismo-leninismo.” Raúl Castro. “Discurso en la Segunda Reunión de organización del Partido Comunista de Cuba en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) [25 de septiembre de 1970], en Raúl Castro. *Selección de discursos y artículos. 1959-1974*, Editora Política, La Habana, 1988, tomo 1, p. 190

cubano, desembocó en el peligro señalado por Rosa Luxemburgo: convertir la *necesidad* en *virtud*. Existiría a partir de entonces un único socialismo *posible* y *deseable*.

El cierre de la etapa, para el campo de la cultura, estaría representado en el I Congreso Nacional de Educación y Cultura celebrado en 1971. José Antonio Portuondo describe bien el proceso: “Lo importante de todo esto es que, como culminación de tales discusiones,⁸⁹ que duraron desde 1968 hasta 1971, en este último año volvió a definirse la posición de la Revolución Cubana, esta vez, con un eco extraordinariamente amplio, proporcionado por el Primer Congreso.” El resultado de este Congreso —agrega Portuondo— “se resume en la ‘Declaración final’, muy extensa, y en la cual hay planteamientos fundamentales desde el punto de vista estético, en donde se hacen afirmaciones tajantes, para que nadie se equivoque”.⁹⁰

Con esto, ganó la Revolución su sobrevivencia, puesta en crisis por diversos factores, pero ganó también la vieja tradición del *socialismo prosoviético*, solo que ahora, a diferencia de 1961, pasó a dominar el campo cultural en toda la línea como “la” forma revolucionaria de entender la Revolución. Si después de 1961 *lo revolucionario* se había fusionado con *lo socialista*, una década más tarde se fusionaba con *lo marxista-leninista al estilo soviético*; el *con la Revolución* devenía *con el marxismo-leninismo soviético*. Respecto a su futuro inmediato, este nuevo *todo* revolucionario canceló la diversidad oficial de la Revolución, con lo que recortó el espacio de situarse *dentro* de ella, y las posibilidades de definirla y de juzgarla. Al mismo tiempo, trajo una consecuencia de importancia futura decisiva: el surgimiento de una posición revolucionaria única, descentrada, que ya no respondía tanto a

⁸⁹ Se refiere al balance que hace de las polémicas de los sesenta en *Itinerario estético de la Revolución Cubana*, en *Revolución, Letras, Arte*, Letras Cubanas, La Habana, 1980, pp 160-187

⁹⁰ *Ibid.* p. 185

sus tradiciones de origen como a las mixturas que el proceso, y sus acomodados, fue determinando.